

Sci-FdI: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Singularidades
Autores y personajes especiales
inundan nuestras páginas

Portada: Javier Muñoz Pérez

<http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

·Singularidad ·El hombre que se borró a sí mismo ·En el bosque de farolas ·Los últimos días en Ismele ·El día de la liberación ·Entre dos bloques ideológicos: la ciencia ficción de Herbert Werner Franke

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán

Enrique Eugenio Corrales Mateos

Héctor Cortiguera Herrera

Javier Gómez López

Javier Muñoz Pérez

Salvador de la Puente González

Fernando Rubio Diez

Christian Tenllado van der Reijden

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en $\text{\LaTeX}$ por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.

Portada

Javier Muñoz Pérez



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Editorial

Comité Editorial

Ahora que se ha terminado el mundial de fútbol, llega el momento de pasar a la auténtica diversión, que como todo el universo sabe, consiste en leer el nuevo número de Sci-FdI. En esta ocasión, empezaremos remontándonos al principio de los tiempos para conocer las vivencias de *La singularidad*. Tras ello, en *El hombre que se borró a sí mismo* pasaremos a analizar las consecuencias derivadas de buscar la privacidad de nuestros datos. A continuación, conoceremos cómo transcurre la vida *En el bosque de farolas*, una nueva historia de Ismael, nuestro autor más prolífico y que esperamos que no piense que *Los últimos días en Ismele* es un juego de palabras en el que lanzamos algún tipo de amenaza de acabar con su vida. Todo lo contrario, esperamos que tanto él como el resto de autores sigan deleitándonos con sus escritos. Finalmente, nuestra sección de relatos terminará *El día de la liberación*, dando paso al siempre esperado y acertado ensayo que nos presenta Rutwig Campoamor Stursberg. Esta vez, nuestro ensayista de cabecera nos propone adentrarnos dentro de una literatura poco conocida en lengua hispana. En particular, nos presenta la obra de uno de los grandes autores en lengua germana, el austriaco Herbert Werner Franke. A pesar de que casi ninguna de sus obras está disponible en nuestro idioma, su lectura es francamente recomendable, por lo que animamos a todos nuestros lectores a acercarse a su obra, a la vez que animamos a las editoriales a traducir sus trabajos.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que los editores de Sci-FdI han aprovechado sus contactos con avanzadas civilizaciones extrate-

restres para manipular las mentes de los rivales de la selección española y así conseguir nuestra victoria en el mundial de fútbol. Es más, dado que nuestra revista cuenta con numerosos lectores y autores argentinos, también hemos interferido para que Argentina fuera finalista. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son habladurías con mucho fundamento. Prueba de ello es que durante el primer año de vida de nuestra revista ya ganamos un primer mundial, pero no habíamos querido volver a abusar hasta ahora...

Índice

La singularidad	4
El hombre que se borró a sí mismo	5
En el bosque de farolas	7
Los últimos días en Ismele	10
El día de la liberación	18
Entre dos bloques ideológicos: la ciencia ficción de Herbert Werner Franke	30

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>
Envíos y sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FdI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



La singularidad

Calleja Escudero, Lope

No recuerdo cuándo nací. En realidad, no recuerdo haber nacido. Tampoco sé cuánto tiempo llevo aquí. No, eso tampoco es así. El tiempo no existe, así que no puedo recordar algo que no existe, pero que, creo, en algún momento podría existir. Estoy en un lugar, un espacio, en el que se acumulan los recuerdos de los futuros posibles. No. No es así. No hay espacio. Aún no existe. Simplemente soy. Simplemente estoy. Existo rodeado de millones, quizás billones, de otros entes que no existen, pero que algún día podrían existir, y permanezco en medio de una oscuridad blanda, por la que puedo deslizarme sin moverme, sin sentir opresión alguna, sin notar límites que me obliguen a ir hacia un lado u otro. Digo oscuridad, pero en realidad no sé qué es eso. Es un concepto que asocio a algo monocolor, sin saber muy bien qué es eso del color. Pero sé que existe ese concepto y que en algún momento podré conocer y discernir sobre su existencia y su posible variabilidad.

A mi alrededor todo se mueve y está inmóvil a la vez. Todo fluye sin moverse, es una sensación muy extraña, aunque no inquietante, porque, realmente, no hay nada que pueda fluir. No percibo la existencia de otros entes. Ni siquiera percibo mi propia existencia como tal. Solo sé que soy y que estoy. No sé qué soy. No sé qué significa estoy.

Un momento. ¿Qué es eso? Una extraña singularidad aparece en un lugar. Se expande hacia mí. Hacia todos los lados. Nace un espacio. Acaba de nacer el tiempo. Inesperadas partículas se disparan en todas direcciones. Explotan millones de colores. Ah, ahora entiendo el concepto. Parece que quieren ocupar mi espacio, pero no es así, no me oprimen, simplemente me atraviesan y me dejan ocupar los enormes huecos que dejan entre ellas y más allá, donde ellas no llegan ni, es posible, llegarán nunca.

Ahora observo con un poco de atención.

Oigo los sonidos que emiten. Unos graves, lentos, desplazándose perezosos por millones de eones, unos sonidos profundos que llenan todo este nuevo espacio. Otros son agudos, instantáneos, gritos de auxilio de cuerpos desesperados que nacen y mueren en microsegundos de eternidad, diluyéndose en este enorme espacio que la singularidad ha creado.

Cuerpos formados por la asociación de millones de otros más pequeños, unos brillantes, que me hacen cosquillas (otra nueva sensación) con la energía que emiten. Otros, mucho menores, que parecen muertos, oscilando esclavos sin poder salirse de su monótona ruta. Aún no los he visto todos. Cada instante me asombra con el nacimiento o la muerte de parte de ellos; eso hace un poco más divertida mi existencia. Ojalá esta situación se prolongue en el tiempo y consiga llenar más ese espacio que todavía está tan vacío.

El espectáculo es divertido. Me apena no poder encontrar a otro u otros como yo para poder compartirlo. Para poder comentarlo. Últimamente noto una sensación extraña. El baile de todos esos corpúsculos parece como que se está ralentizando. Ya no juegan a separarse, cada vez se aproximan más unos a otros. Antes corría una ligera brisa que me refrescaba. Ahora el calor aumenta y, aunque no experimento ninguna sensación, parece que las partículas no lo pasan bien. Se arremolinan, chocan unas con otras y siento enormes explosiones de placer, un placer extraño, pero vivificante.

Vuelve, poco a poco, la negrura y el tiempo parece detenerse. Casi no queda espacio. Apenas un puntito de luz donde antes nació todo, donde comenzó el espectáculo. Otra vez solo. Sin nada. Pero ahora tengo la esperanza de... ¿de qué? No recuerdo ya nada. Mínimos destellos de luz negra me atacan con conceptos como tiempo, espacio, color, soledad, que van diluyéndose y, ya no sé..., ¿hay alguien ahí?

El hombre que se borró a sí mismo

Navarro, Claudio

El último servidor estaba en Finlandia. Julián lo sabía porque había trazado la IP con la paranoia de un animal acorralado. Hizo clic en *Confirmar Eliminación Permanente*. La barra de carga avanzó con una lentitud burocrática.

98%. 99%. 100%.

Su solicitud de Derecho al Olvido ha sido procesada. Usted ya no existe en nuestros registros.

Julián suspiró. El aire salió de sus pulmones, pero sonó hueco, como si soplara dentro de una botella de vidrio vacía. Se miró las manos. Estaban pálidas. Más pálidas de lo normal para alguien que no salía de su departamento hacía tres meses.

Se levantó para celebrar con un café. Al agarrar la taza, sintió un hormigueo extraño. No era entumecimiento. Era falta de fricción. La cerámica se sentía lejana, como si llevara puestos unos guantes de seda muy finos.

Se acercó al espejo del baño.

Su reflejo tardó medio segundo en aparecer. Fue un *lag*. Un retraso de renderizado.

Se frotó los ojos. El espejo le devolvió la imagen, pero los bordes de su silueta vibraban, difusos, como un canal de televisión mal sintonizado.

—Estrés —dijo en voz alta. Su voz sonó con *reverb*, como si estuviera hablando dentro de una caja de zapatos.

Salió a la calle. Necesitaba interactuar con algo análogo. Gente. Ruido. Smog.

Entró a la cafetería de la esquina. Gorro de Lana estaba tras la barra, peleando con la máquina de espresso.

—Un cortado doble —pidió Julián.

Gorro de Lana no se dio vuelta. Siguió limpiando el vaporizador con un trapo sucio.

—¡Hola! Un cortado doble.

Nada.

Julián golpeó el mostrador. Su mano no hizo el sonido seco de la carne contra la madera. Hizo un ruido sordo, algodonoso. *Puff*.

Gorro de Lana se giró, pero sus ojos pasaron de largo a través de Julián, enfocándose en la puerta de entrada.

—Qué raro —masculló el barista—. Juraría que escuché algo.

Julián sintió un frío líquido en el estómago. Miró sus pies. El piso de baldosas blancas y negras se veía a través de sus zapatillas. Eran translúcidas, como un archivo PNG al 50% de opacidad.

Sacó su teléfono. Pantalla negra. "Sin Servicio". Intentó desbloquearlo con la huella digital.

Huella no reconocida.

Claro. Si no estás indexado, no hay con qué comparar la data biométrica.

Corrió de vuelta al edificio. El viento no le movía el pelo; lo atravesaba. Al llegar al lobby, el sensor de movimiento de la puerta automática no reaccionó. Tuvo que esperar a que entrara una vecina cargada con bolsas de supermercado para deslizarse dentro antes de que el vidrio se cerrara.

Entró a su departamento. Sus manos ya eran casi invisibles. Podía ver los circuitos del teclado a través de sus dedos.

Tenía que volver a registrarse. Crear una cuenta. Subir una foto. Lo que fuera.

"Pienso, luego existo" era una mentira analógica. "Estoy indexado, luego ocupo volumen en el espacio". Se sentó frente al ordenador. La silla no crujió. Apenas sentía el peso de su propio cuerpo. Era como ser un fantasma, pero sin la dignidad de haber muerto primero.

Abrió el navegador.

Crear Cuenta Nueva.

Nombre: Julián. Apellido: Echeverría.

Sus dedos golpeaban las teclas, pero no las hundían. Traspasaban el plástico.

Intentó concentrarse. Solidificar su voluntad. ¡CLACK! Logró pulsar la "J". Luego la "u".

El cursor parpadeaba en la pantalla. Era lo único real en la habitación.

Campo obligatorio: *Subir una foto de perfil reciente.*

Julián activó la webcam.

La luz verde se encendió.

En la pantalla apareció la habitación. La estantería de libros atrás. La silla de escritorio vacía.

No había nadie sentado allí.

Miró sus brazos. Ya no estaban. Solo quedaba una sensación de consciencia flotante, un punto de vista sin materia. Una cookie de sesión a punto de expirar.

Intentó gritar, pero no tenía garganta. Intentó golpear el monitor, pero no tenía puños.

La pantalla mostró un mensaje de error en una ventana emergente.

¡BEEP!

Error 404: Usuario no encontrado.

El sistema no detecta interacción humana. Iniciando modo de suspensión.

El monitor se fue a negro.

La habitación quedó en silencio.

La silla giró levemente, empujada por una corriente de aire que nadie había provocado.

Unos segundos después, el protector de pantalla se activó.

Eran burbujas de colores.

Rebotando.

Eternamente.

En el bosque de farolas

Rodríguez Laguna, Ismael

Cuando era niño, papá era el más grande, el más fuerte, el que lo sabía todo.

Yo solía agarrar su mano articulada con fuerza cuando cruzábamos de noche el bosque de farolas. Las luces de aquel lugar me aterrorizaban. Cuando por fin llegábamos a la orilla del mar de chips, él se adentraba a nadar entre las olas para pescar los mejores componentes electrónicos.

—¿Por qué la orilla está más dentro o más fuera con el paso de las horas? —le preguntaba.

Las cámaras de mi padre se iluminaban y sus giróscopos rezumaban.

—A lo largo de la noche, la posición del Disco Nocturno del cielo va cambiando lentamente —me respondía, señalando hacia arriba.

—¿Y qué tiene que ver eso con que los chips se muevan, papá? ¿Qué es en realidad el Disco Nocturno, ese círculo tan blanco y brillante?

—Un gigantesco imán. Atrae levemente los componentes metálicos de los chips, lo suficiente para provocar mareas.

Mientras volvíamos de pescar, muchas veces se hacía de día. Ver aparecer en el horizonte aquella otra esfera, que era mucho más brillante que el Disco Nocturno y que por sí sola convertía la noche en día, me fascinaba.

—¿Y por qué se *mueve* el Disco Diurno, papá? —pregunté un día.

—Es un foco que usan Los De Arriba para hacer inventario de todo lo que hay en el vertedero, nuestro mundo. Cada día vuelven a comprobarlo todo, así que el foco tiene que volver a rodearnos.

Seguimos nuestro camino a casa. Recuerdo que estábamos en la época del año en que el viento era fuerte, y arrancaba las hojas de los blocs y cuadernos acumulados en la zona de basura de papelería. El suelo se cubría con un manto de hojas garabateadas sin sentido para mí. Papá decía que aquella era la época en la que Los De Arriba

arreglaban las tuberías de ventilación, por eso había tanto viento. Me gustaba jugar con las hojas.

Ya de vuelta en nuestra casa, que papá había construido apilando routers a modo de ladrillos y pegándolos con silicona, él me arrojaba para irme a dormir sobre mi cama de suaves bombillas led.

—Papá, ¿creceré esta noche? —solía preguntarle.

—¡Seguro que sí! —me respondía sonriente.

—Papá, ¿cómo se crece?

—Cuando comes muy bien todos los chips que te doy, tus componentes se ensanchan y alargan durante la noche. Ya verás cómo mañana serás un poco más alto.

—¡Qué bien!

Y al día siguiente, efectivamente, había crecido un poquito.

Unos meses después, yo era más grande y más fuerte. Mi padre era igual de grande, pero sus mecanismos comenzaron a chirriar a veces. Nunca lo habían hecho antes. Era la época del año en que caían aquellos copos blancos del cielo.

—¿Qué es eso, papá? —pregunté perplejo.

—Son pequeñas bolas de gomaespuma. En esta época del año, Los De Arriba tiran muchas al vertedero. Pesan poco, por eso caen despacio.

—¡Me encantan! —gritaba yo mientras corría entre las bolitas.

Esos días noté que el Disco Diurno brillaba y calentaba menos, hacía más frío. Según papá, en aquella época Los De Arriba ahorraban energía en sus generadores, por eso limitaban la luz del disco.

Comencé a atreverme a estar unas pocas horas lejos de papá. Un día, mientras jugaba en la pradera de neveras, conocí a Rob-AH, un robot de tipo 0. No era la primera vez que veía un tipo 0, pero por algún

motivo me llamó la atención. Jugamos a tirarnos copos de gomaespuma durante toda la tarde.

—¿Por qué los tipo 0 son diferentes, papá? —pregunté después a papá.

—Porque así tiene que ser, hijo —me respondió lacónicamente. Esa respuesta no me satisfizo.

—Pero los tipo 1 como nosotros no tenemos un semáforo entre las articulaciones de arrastre, lo que tenemos ahí es un gancho. Y he visto que Rob-AH tiene un semáforo. Está en rojo.

—Y así es como debe estar —me respondió de nuevo, crípticamente.

Al irme a la cama, papá me arropó.

—¿Volveré a crecer hoy? —pregunté—
¿Volverán a extenderse mis miembros articulados?

—Claro. Tú duérmete, ya verás mañana.

—¡Bien!

Y así fue.

Meses después, empecé a preocuparme un poco por papá. Vi que andaba más lento y sus articulaciones crepitaban en cada giro. Sus ojos brillaban algo menos.

—¿Te pasa algo, papá? —le pregunté.

—Nada que no deba ser —me respondía.

Yo era más ágil y fuerte, más grande. Comencé a pasar más tiempo con Rob-AH. Un día, mientras jugábamos en la pradera de bombillas, ambos nos quedamos perplejos, ¡las bombillas de la pradera comenzaron a encenderse, sin más! Eran de muchísimos colores. Ambos nos quedamos maravillados con la escena.

—¿Cómo es posible? —pregunté intrigado a papá esa misma tarde.

—En esta época, Los De Arriba intensifican la actividad de varios mecanismos y motores. Eso provoca que se intensifique mucho el campo magnético aquí, en el vertedero. Con esa intensidad, las bombillas llegan a alcanzar suficiente diferencia de potencial como para encenderse. Las verás así durante un tiempo, disfrútalo mientras dure.

Aquel magnetismo no sólo provocaba efectos bonitos en el paisaje. También comencé a notar que recorría mi cuerpo de

arriba a abajo, me daba una energía especial. Rob-AH también lo notaba. Un día, mientras jugábamos con las bombillas, pude entrever que el semáforo de Rob-AH se puso de color naranja. Me sentí muy nervioso y extrañamente fascinado al verlo. No sabía qué significaba aquello, pero no podía dejar de mirarlo.

—¿Qué significa eso, papá? —pregunté a papá por la noche.

Despacio, entre crujidos, papá respondió.

—Que falta poco, hijo.

—¿Para qué?

—Duerme bien esta noche.

—¿Volveré a crecer?

Papá tardó unos segundos en responder.

—Por supuesto.

Y volví a crecer.

Pocos meses después, llegué a la conclusión de que ya era tan grande como papá. Pero también era mucho más ágil, pues papá se había vuelto mucho más lento. Relucía menos, sus luces brillaban menos.

Ya no me daba miedo el bosque de farolas. A veces, Rob-AH y yo lo recorríamos solos por la noche. Un día me fijé en que el Disco Diurno del cielo brillaba mucho más de lo habitual. Hacía más calor.

—Así será durante un tiempo, hijo —me contó papá cuando le pregunté—. En esta época del año, Los De Arriba intensifican la luz del Disco Diurno para escudriñar cada rincón del vertedero y hacer su inventario general anual. Hará calor durante un tiempo.

Cierto día, mientras Rob-AH y yo corríamos alegres entre tubos y cerraduras, me percaté de que el semáforo entre sus articulaciones de arrastre estaba de color verde. Sentí un escalofrío de electrones recorriendo todo mi cuerpo y me paré en seco. Rob-AH lo notó y se me acercó despacio. Me miró muy fijamente. No sé por qué, pero sentí que no tenía que ir a preguntar nada a papá. De repente, Rob-AH y yo sabíamos todo lo que teníamos que hacer.

Poco tiempo después, Rob-AH me dijo que dentro de algún tiempo saldría un pequeño robot de ella, un *hijo* de ambos. Fui corriendo a decírselo a papá.

Los ojos de papá apenas brillaban, se movían muy lentamente.

—Fantástico, hijo... Eso es... fantástico —dijo finalmente.

Permanecimos en silencio durante un rato.

—Papá —logré preguntar al fin—. ¿Cómo crecen *de verdad* los niños? ¿Es cierto que los componentes se extienden sin más cuando los niños se van a dormir?

—Hijo, tumbate en tu cama.

—Papá, ya sabes que ya no duermo aquí.

—Sí, lo sé. Tumbate en tu cama.

Le obedecí.

—¿Qué pasa? ¿Es que si me duermo ahora aquí volveré a crecer?

—Seguro —respondió papá.

—No pienso dormirme ahora, papá.

—Por supuesto. Esta vez, debes *verlo*.

Lentamente, papá se introdujo la mano en sus entrañas. Entre chasquidos y chispazos, sacó unos cuantos componentes de sí mismo, lo que parecían ser unas baterías, engranajes y tubos. Más despacio aún, introdujo esos componentes dentro de mis propias entrañas. Mientras movía lentamente su mano dentro de mí, súbitamente me sentí más fuerte, más vigoroso.

Muy lentamente, en un hilillo de voz, papá logró articular algunas palabras.

—¿Eeeenn... eentiendes... cómo... teeeeendrás queeeee haceerlo túúú...?

Sobrecogido, le abracé. Apenas le quedaba un hilo de vida.

—Por supuesto, papá —respondí.



Los últimos días en Ismele

Mesa Suau, Aitor

A Maca, un tulipán azul

I

Tres soles de distintos tamaños se veían a través de la ventana triangular.

La reunión se encontraba en su punto álgido. Después de horas de acalorado debate, se hizo el silencio. Se sentían derrotados. Pese a su insistencia, todavía no habían tocado la superficie del problema. Les faltaba tiempo, era claro, y, llegados a este punto, también agallas. Pues ¿quién querría tomar riesgos en una situación tan delicada? ¿Quién entre ellos aceptaría ser el desvergonzado que condujera a todos a apostar fuerte, hacia un más que posible aniquilamiento?

El silencio elástico siguió estirándose. No se partió hasta que alguien llamó a la altísima puerta. La figura que se asomó era, para un ojo inexperto, indistinguible de las otras cuarenta y tantas reunidas, todas de pie, en torno a una mesa romboidal situada en el centro de la espaciosa sala blanca. Medía fácilmente unos cinco metros y era extremadamente delgada. No tenía piernas, sino que flotaba a escasos centímetros del suelo. Dos pequeñas alas inutilizables caían por los laterales de su cuerpo. Su cabeza parecía una unión desordenada de tubos, de los cuales emergían tentáculos sin ventosas que usaba para manipular y relacionarse con el entorno. Un ojo grande y perfectamente redondo se veía a la altura de lo que en un ser humano sería el cuello y su piel era de un azul pálido y melancólico.

—Gligor se ha suicidado —se escuchó a través de esos tentáculos.

Oído esto, la alerta se apoderó de cada uno de ellos. Eran, con todo, una raza civilizada, así que tomaron turnos para hablar. Rápidamente, se decidió que comenzara Diliás, pues a menudo sus brillantes intervenciones daban respuesta a las inquietudes que sus compañeros tenían pensado plantear.

—Señores, me niego a que se piense que la gravedad de nuestra situación es una señal de la imperfección de nuestro sistema —comenzó Diliás—. Confíen, por favor, en la honestidad de mis palabras como Ministro de Inteligencias Hipotéticas cuando les digo que no hay nada que pudiéramos haber hecho mejor. Hasta ahora nunca habíamos pensado diferente los unos a los otros, pues a nuestras límpidas mentes se les aparecía naturalmente el cálculo más preciso, la solución más refinada. Nunca habíamos escuchado a unos más que a otros ni jerarquizado el valor de los distintos ministerios del conocimiento como hoy parece que así ha sido. Si nuestro amadísimo Gligor, Ministro de Historia, aún siguiera con nosotros, podría confirmárnoslo. Vivimos, pues, en lo absolutamente inédito; nos enfrentamos a un desafío que, al fin, es digno de ser llamado tal.

»Hemos experimentado en los últimos tiempos un fenómeno que mis colegas y yo ya habíamos teorizado, aunque no creído posible en nuestra raza: los pensamientos intrusivos. Concretamente, nuestro ánimo se ha visto turbado por una sensación extraña, nueva, inmotivada y del todo irracional que, sin embargo, es lo bastante poderosa como para mermar nuestro juicio, hacernos diferir en opiniones y conducirnos a la muerte voluntaria. Una suerte de vacío —sólo así puede llamarse—, que nos atormenta con la idea de que nuestra vida es una farsa.

»Y si, como he dicho, el problema es de carácter psicológico y no hemos errado en sentido alguno en nuestras decisiones, esto es, no hemos sido su causa, es difícil pensar que podamos confiarnos de la claridad mental de la que hemos gozado hasta ahora para solucionarlo. Necesitaremos, pues, de una solución drástica, inaudita, incalculable. En otras palabras, caballeros, hemos de lanzar los dados. Hoy algunos de vosotros habéis insinuado propuestas que nos

han llenado de horror por el riesgo que entrañan. Todas ellas, lo sé ya, se originaron en el centro del huracán de esta rara condición de la que somos presos; esas preguntas extrañas, esa obsesiva incógnita que alguna vez nos era inofensiva y ahora nos acosa, si ellas son el fruto de nuestro deterioro intelectual, y por tanto una estéril fuente de la que no vale la pena confiarse, o la clave para descifrar la cura del mal que nos aflige, me temo, es algo que ignoramos y lo primero sobre lo que tendremos que apostar.

»Por favor, meditat al respecto y mañana exponednos sin falta el fruto de vuestras reflexiones. Eso es todo lo que tengo que decir por hoy. Cedo la palabra a quien quiera hablar.

Tras el discurso de Dilias casi todos perdieron las ganas de intervenir. Ya la preocupación que tenían en mente había sido expuesta con la claridad y vehemencia pertinentes. Los únicos que indicaron que tenían algo que aportar eran Latrán, el Ministro del Límite, un personaje excéntrico y poco hablador que sorprendía y preocupaba por igual a sus compañeros las raras veces en que intervenía; y Dombandón, el Ministro de Psicología, quien en ese momento estaba confundido, experimentando por primera vez lo que el lector llamaría sentimiento de culpa.

Latrán, que fue elegido para hablar primero, cedió el turno a Dombandón, aduciendo que la palabra pertenece primero a quienes tienen realmente algo que decir.

—Gracias, Latrán —comenzó Dombandón—, pero me siento tan desbordado como cualquiera de vosotros ante esta situación: he de confesarme, pese a mi cargo, impotente. No querría, sin embargo, que nos dejásemos llevar por esta insidiosa neblina y descuidásemos los efectos, tanto o más graves, que ésta ha provocado y está por provocar. Por nombrar uno de los tantos, que espero que puedan ser tratados en la siguiente reunión, la reciente pérdida de algunos de nuestros ministros puede poner en peligro la estabilidad de nuestra sociedad. Como sabéis, por un lado, la especie a nuestro cuidado es poco fértil y

su población pequeña, por lo que cualquier pérdida inesperada, fruto de nuestra negligencia, nos obligaría a recalcular por primera vez todo nuestro plan sobre la natalidad. Por otro, es claro que nunca nacerá nadie como nosotros y, de hecho, no sabemos ni siquiera si es posible que el sistema tal y como lo conocemos funcione sin uno de los nuestros, ¡y ya hemos perdido a tres! —recordó Dombandón—. Es una situación nueva que se debe gestionar, no sólo en la medida en que afecta al ministerio que ha quedado desocupado, sino en vistas a la mejor solución global. No podemos prescindir de ninguno de los ministerios ni dejarlos descabezados. Sin embargo, ¿los hay que puedan liderarlos al tiempo que los suyos propios, tal vez no a la altura de sus predecesores, pero al menos eficientemente, sin peligro? Pensadlo juntamente con los otros problemas que han aparecido y que sin duda ya habéis advertido. No es momento, tal y como advirtió Dilias, de fiarnos de nuestra sutil inteligencia para tratar el problema de nuestra enfermedad mental, pero tal vez aún sí para tratar estos problemas más tangibles y cuyo origen está claro. Dicho esto, pido especialmente a Latrán que presente en la próxima reunión los resultados de su último estudio, pues creo que podrán resultarnos esclarecedores.

Toda la atención se dirigió hacia Latrán, que no tardó en comenzar a hablar:

—Todo lo imaginable existe, como mínimo, como posibilidad. Pero ¿y lo inimaginable, lo imposible, lo que no se permite ser visto? ¿Es por inimaginable más posible? ¿Por imposible más real que la realidad misma? ¿Por invisible, aún más claro para quien no necesita ver? ¿En qué sentido existe lo que es, a lo máximo, un fugaz rayo en la noche oscura? Algo que es ¡con mucha suerte y soñando un poco!, nada más que entrevisto un instante, y fugitivo en seguida, no restando ni el contorno de un recuerdo. A eso lo llamo yo, señores, Límite. Yo estudio el límite: estudiar el límite es estudiar lo imposible. Yo estudio lo que no puede ser estudiado. Y no hay nada más útil que estudiar lo inútil; no hay campo más fructífero que el estéril por esencia.

»Y, en efecto, nos enfrentamos a lo que nos trasciende. A una situación que va más allá de lo que somos hasta el punto de que nos está trasfigurando. Es ahora cuando la importancia del límite aparece con toda claridad. Lo que podría ser por encima de lo que nosotros podemos hipotetizar es, como mínimo, la primera superficie de la realidad que se nos escapa. Mi inútil esfuerzo de ir más allá, os pido que lo hagáis vuestro en futuras reflexiones. Sólo lo imposible nos salvará de lo imposible. En la próxima reunión quiero oír vuestros delirios. Quiero veros temblar, pues esa es la danza del que quita velos que son demasiado resbaladizos como para aprehenderlos. Finalmente, acepto con humildad la petición de Dombandón, aun cuando creo que no es ni siquiera pertinente. Seré fiel al espíritu de confiarme en lo que no tendrá frutos porque no puede tenerlos. Continuaré desafiando a lo imposible. ¡Quizá obtengamos una dulce derrota!».

Y dicho esto, como en toda otra ocasión, la palabrería de Latrán fastidió mucho a sus oyentes al mismo tiempo que, para mayor fastidio, los sumió en profundidades inéditas del pensamiento. «Ciertamente, pensaron algunos para excusarlo, a quien tiene como objeto de estudio lo que está más allá de toda coherencia, no podemos pedirle un lenguaje inteligible y sin contradicciones. Ni tampoco cordura».

Cuando acabó la reunión y la sala comenzó a vaciarse a todos los presentes les molestó, por un rato, la misma ironía. Y es que culminaron la reunión y eligieron los temas a tratar en la próxima los mismos que, en el primer asunto del día, fueron considerados como los candidatos más probables a ser los próximos en suicidarse.

II

—¡Dombandón, amigo mío, en verdad te has vuelto loco!

Latrán se presentó ante Dombandón, que yacía recostado, y encarado a la luz del triple atardecer, en un árbol violeta de tronco hinchado y oscuro.

—¿Qué ladras ahora, cómplice mío? —

se burló Dombandón.

—¿Qué ganarás revelando el origen de nuestro mal, sabiendo lo que tú y yo sabemos, que es irreversible?

—¿Temes que me encuentren culpable? Pues lo soy.

—No es así. Todos somos la misma persona. ¿Lo has olvidado? —repuso Latrán—. Lo único que nos separa son las circunstancias en que nos desarrollamos, las cuales, por principio, permanecen fuera de nuestro control. ¿Cómo se te podría condenar a ti por una suerte que habría arrastrado igualmente a cualquiera de nosotros?

—Yo cedí a ella, y la quise en cierto modo.

—¡Já! No gozas de tal poder. Recuerda las palabras del Poeta: es insensato desear ante el destino.

—Dime de una buena vez cuál es el problema.

—Si lo revelamos, la ínfima esperanza que tenemos de salvarnos desaparecerá.

—¿Acaso temes a la muerte? —inquirió Dombandón.

—Sí, mucho. Y no a la mía, sino a la de aquellos que debemos proteger.

Ambos se volvieron y miraron la metrópoli que se alzaba más allá del valle anaranjado y repleto de flores grises, y a los seres que la poblaban. Eran, sin duda, de su misma especie, pero mucho más bajos, con alas más grandes y funcionales, piel blanquecina, de apariencia más afable y notablemente menos inteligentes.

—¿Qué se supone que son ellos y qué somos nosotros, amigo mío? —suspiró Dombandón—. Lo hemos retrasado por mucho, pero el final se acerca. Disfrutemos todos juntos de nuestros últimos días en Ismele.

III

Si se dibujaran estrellas muy juntas, casi tocándose, en un globo sin aire, y se lo fuera inflando poco a poco, podría verse cómo se distancian en una lenta agonía, y si tal globo fuera inconmensurablemente grande, de modo que siempre pudiera contener

más aire, llegaría un punto en que las estrellas estarían tan separadas que nadie podría adivinar que hay más de una dibujada, ni mucho menos que hubo un tiempo en que se encontraban una al lado de la otra.

En Ismele, cuando uno de sus habitantes mira el cielo, o ve tres soles, o dos, o uno solo, arrojando sus luces pálidas hacia el suelo, o una negrura sin límite que, aunque breve, no deja ni un atisbo de duda acerca del vacío y la soledad que imperan allá arriba. Y ya nadie lo recuerda, pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en que un festival de luces y colores asombrosos seguía a la marcha de los tres soles. Por ese entonces el universo era aún un retoño y otras especies de las que no queda ni rastro habitaron Ismele. Es en este pasado remoto en el que comienza la historia de la primera especie a la que podemos llamar «ismelianos».

Los primeros habitantes de Ismele eran una especie de escasa inteligencia, prácticamente humana, pero tremendamente estable y organizada. Tenían una capacidad de adaptación asombrosa a los distintos entornos, que eran de los más variados en un Ismele todavía muy activo geológicamente. Sentían un respeto absoluto por otros miembros de su especie, lo que se traducía en una sociedad sin jerarquías y muy unida, y una hostilidad crudelísima contra otros seres, los cuales extinguían tan pronto como los veían aparecer, antes de que se transformaran en una amenaza. Esto no los privaba de alimento en virtud de su fisiología. Los Primeros eran seres que habían evolucionado a partir de las plantas—parecían tulipanes azulados gigantes—y sobrevivían haciendo la fotosíntesis. No necesitaban nada más que tierra, agua y luz, y podían prescindir por un largo período de tiempo de ellas. Eran técnicamente inmortales si ninguna fuerza externa acababa con ellos, por lo que se reproducían poco, y cuando lo hacían era para reemplazar a aquellos que habían decidido terminar con su vida, en una autoimpuesta reclusión en la oscuridad. Esto sucedía cuando sus raíces crecían tanto, pues nunca dejaban de aumentar de tamaño a lo largo de su vi-

da, que entorpecían su movimiento y los volvía ineficaces en sus tareas y eventualmente un lastre para los suyos. Y sí: con sus poderosas raíces, parecidas a enredaderas gigantes, podían desplazarse a una velocidad notable y cubriendo largas distancias. Su ventaja evolutiva respecto a las especies incipientes era evidente. En Ismele no había mares, sino sólo lagos poco profundos, en los cuales los Primeros solían hacer expediciones para aniquilar toda posible vida acuática que se estuviera desarrollando a escondidas. No podían, con todo, despegar sus raíces de la tierra, lo cual los dejaba muy vulnerables contra las posibles especies aéreas que emergieran. Por ello, durante el tiempo inmensurable en que reinaron en Ismele, su máxima prioridad siempre fue la de perseguir y eliminar a todo ser que comenzara a desarrollar un medio para volar, aunque no lo hacían con alarma o ansiedad, sino como un instinto primitivo sublimado en costumbre. Y no les fue nada mal.

Sin embargo, puesto que sus necesidades eran pocas, su modo de vida apenas había cambiado a lo largo de su historia. No necesitaban desarrollar soluciones para problemas que no tenían, y, por tanto, jamás tuvieron un conocimiento del mundo más allá de lo que era útil para la supervivencia ni crearon herramientas con las cuales manipular su entorno, pues en su estado natural ya los satisfacía por completo. Y como seres exentos de peligro, no eran nada curiosos. En fin, por todos estos motivos, durante el dilatado período de tiempo de control absoluto sobre su planeta, nunca se prepararon para una amenaza que viniera de más allá de las estrellas.

Una noche cualquiera, casi a las puertas del amanecer, el firmamento se cubrió de una hilera esplendente de plata que poco a poco fue cerniéndose sobre la tierra. La cercanía reveló unas figuras parecidas a los ángeles semihumanos que la cultura popular ha vulgarizado, pero con rostros severos y deformes. Uno de ellos destacaba sobre los otros; era más grande y más brillante que los demás y fue el último en tocar la superficie de Ismele. Los Primeros se habían

encontrado por primera vez con un enemigo que no podrían vencer. Un enemigo que ni siquiera tendría que tomarse la molestia de combatirlos...

IV

Imagínate que estás en lo alto de un gran campanario. El horizonte es plano e inmenso; el día, claro y sin nubes. Miras hacia adelante, hacia atrás o a los lados, y abajo siempre ves lo mismo: cuadrados rojos (que te empeñas en llamar «baldosas»). El mundo allí abajo, tan lejano de este gran campanario, de esta privilegiada mirada, es una baldosa roja tras otra. No hay nada más. ¿De qué está hecho este mundo?, te preguntas. Es evidente: de baldosas rojas. ¿Es así realmente?

Para la mirada humana, sin duda, lo es. Pero hay otras miradas, y también una realidad a la que no mira nadie, que no se amolda a las estructuras de ningún ser vivo. Una realidad totalmente desvelada, sin filtros ni distorsiones. Pero ¿por qué hablar de lo que, por definición, es inaccesible? Hablemos de otras miradas. Miradas que verían colores más sutiles que el rojo o que, con órganos que exceden la vista, se abrirían a otras sensaciones nuevas. Ese mundo que es sólo baldosas rojas para el ser humano, porque «baldosa» es un concepto humano, está compuesto, como unidad mínima de referencia, de cuadrados. Podríamos dividirlo en ángulos, líneas y puntos, pero, en esencia, se nos aparece como cuadrados. A otros seres similares se les aparecería como triángulos rectángulos. Y del mismo modo que podemos empequeñecer la pieza básica, la podríamos aumentar. ¿Estaría equivocada una mirada que viera como unidad mínima, ignorando algunas líneas, el rectángulo? ¿U otra figura más grotesca? ¿Podría ser este mundo de baldosas una unidad en sí misma? ¿Podría una mirada, habiendo tantas miradas posibles como especies, aprehender vastísimos espacios, de una sola vez, teniendo como elemento más básico un Mundo? ¿Y podría esa mirada, igual que nosotros vemos o entendemos, además del cuadrado, sus propiedades, como sus án-

gulos rectos y sus segmentos iguales, captar lo que ocurre en ese Mundo?

V

Los seres alados, a excepción del más grande, que se quedó inmóvil por mucho tiempo en el lugar en que todos aterrizaron, no tardaron en dividirse por todo el planeta, estableciéndose cada uno de ellos en un tipo de entorno distinto. Los Primeros, siguiendo las directrices de su naturaleza, intentaron acabar con ellos. Pero no tuvieron mucho éxito. Los invasores no eran hostiles y no sentían ningún interés por los Primeros, hasta el punto de que parecía que ignoraban su presencia. Así, fueron atacados en innumerables ocasiones, pero sus cuerpos eran tan robustos que ningún ataque parecía hacerles el menor rasguño. Finalmente, y puesto que no les suponían ninguna amenaza, comenzaron a pensarlos como materia inerte, a fin de templar sus obsesivos instintos que pedían a gritos que los aniquilaran. Pero ningún consuelo podía eliminar el hecho de que ahora Ismele tenía otros dueños. Los Segundos habían llegado para quedarse.

El tiempo fue pasando y todavía no estaba claro qué esperaban tan pacientemente los Segundos. Un día, los Primeros detectaron una nueva forma de vida subterránea relativamente desarrollada, que había logrado eludir las minuciosas inspecciones de sus raíces gracias a su fisiología gelatinosa, la cual les permitía infiltrarse entre ciertas capas geológicas sin tener que excavar anchos túneles que revelarían su existencia, y procedieron a la rutinaria empresa de erradicarla. Entonces, ocurrió algo insólito. El Segundo que se encontraba más cerca del área atacó al grupo de Primeros que intentaba acabar con esos pequeños seres. Los Primeros se organizaron en grupos cada vez más grandes e intentaron en vano neutralizar al ángel defensor. Pero ni un ejército de Primeros podía hacer frente a un Segundo. Tuvieron, en fin, que hacer una segunda y dolorosa concesión, la cual tuvo un gran impacto en su tensa psicología, y tomar el riesgo de que esos peque-

ños seres, algún día, se convirtieran en sus depredadores.

Unos pocos cientos de miles de años después, ocurrió lo mismo. Los Primeros descubrieron a una escurridiza especie que se había estado desarrollando a escondidas, aunque aún sin tiempo para resultar una amenaza, y que los Segundos determinaron que valía la pena defender. Pasó aún más el tiempo y, conforme la diversidad de Ismele aumentaba, el ánimo de los Primeros disminuía. En el fin de su historia, ya eran una especie psicológicamente enferma y menguada, e incluso algo acosada por algunos organismos que se habían desarrollado más de la cuenta. Pero nunca se rindieron. Siempre intentaron, en vano, acabar con cada forma de vida emergente hasta el mismísimo final.

Así, llegó el día en que los Primeros, reducidos ya a una población de unos pocos millares, decidieron ganar o morir en la batalla. Hasta ahora, no hemos tenido en cuenta la perspectiva de los Segundos e ignoramos, como ignoraron los Primeros incluso momentos antes de extinguirse, su verdadero propósito. Esta batalla, lo sabían los Segundos, sería la última. No por la determinación de los Primeros a luchar hasta las últimas consecuencias, sino porque al fin había aparecido lo que los Segundos habían estado aguardando por tanto tiempo.

La percepción de los Segundos era especialísima: con una sola mirada podían aprehender un ecosistema entero, atendiendo a todas sus variables físicas y biológicas. Para ellos, los Primeros no eran más que un ruido de fondo algo molesto, como una mosca a la que el ser humano apartaría de un manotazo, pero que no se molestaría en perseguir y dar muerte. Ahora las condiciones habían cambiado, unas nuevas líneas de código en su programación se habían activado. Los Segundos habían estado por tanto tiempo asentados en Ismele esperando que una especie reuniera ciertas condiciones, que contuviera en sí cierto potencial, que la hiciera compatible con la in-

formación genética que el ángel más grande celosamente guardaba.

Ahora que ya habían encontrado un recipiente para lo que traían consigo, todas las demás especies, que hasta entonces eran como sonidos en cuya unión estaba contenida la posibilidad de una melodía, se habían convertido en una amenaza, en un obstáculo para el nacimiento de los Terceros, la especie a la que Latrán, Dombandón y los suyos estaban destinados a proteger. Así, no dudaron en acabar con todas ellas. Los Primeros fueron rápidamente erradicados, en apenas un pestañeo, ignorantes de que los siguieron todas esas especies que hasta entonces habían sido protegidas por los Segundos, pues eran medios para llegar a una especie con el potencial que buscaban.

Esa especie elegida, que antes de que se las mezclara con el material genético que traían los ángeles consigo parecían murciélagos pálidos, alargados y con un ojo gigante, estaba destinada a reinar en Ismele bajo la tutela de sus protectores, que ya habían cumplido la primera fase del plan de quienes los habían creado. Ahora debían asegurarse de que esa especie mejorada prevaleciera. Debían tomar el control de la situación y erigir una sociedad perfecta. Ya no necesitaban sus armaduras impenetrables. Ahora la potencia que requerían no era física, sino intelectual. Y disponían de ella, sus creadores los habían dotado de todo lo necesario para cumplir con su misión, y de nada más.

Los ángeles se reunieron y dividieron el trabajo. Por primera vez, se distinguieron los unos de los otros; primero, por el ministerio que a cada uno se le había asignado; segundo, por un nombre, tal y como era costumbre de sus creadores. Poco a poco, se hicieron especialísimos e infalibles en sus respectivos campos. La sociedad que erigieron fue próspera por mucho tiempo. Nada podía parecer derrumbarla. Eran, a diferencia de los Primeros, invulnerables a cualquier peligro externo. Pero, a diferencia de ellos, su mundo interior era más rico y su inteligencia muy elevada. De-

masiado elevada para ignorar por siempre la impostura de su existencia.

VI

Nosotros pretendíamos hablar de los últimos días en Ismele y, aunque hemos tenido que tomar un desvío, terminaremos lo empezado.

En torno a una mesa romboidal situada en el centro de una espaciosa sala blanca, unas cuarenta figuras, todas de pie, estaban preparadas para empezar la reunión. Ellos no sabían que sería la última, pero lo podían intuir. Con todo, siguieron rigurosamente el protocolo. Antes de anunciar los asuntos del día, repasaron lo tratado en la reunión anterior.

Nadie quería hablar: las meditaciones nocturnas no habían tenido éxito y, como habían acordado, toda la atención se dirigió a Latrán. Quizá él, pensaron, podría salvarlos. A fin de cuentas, él era el Ministro del Límite. El primer ángel en descender, el ángel portador del valiosísimo legado de sus creadores, aquel a quien se le asignó estudiar lo imposible, y el nombre de «Latrán». ¿Quién podría esclarecer lo oscuro, sino aquel que se había dedicado a estudiar la penumbra?

Latrán permaneció callado un rato. Todos esperaban que hablara y todos temían escucharle. Al fin se decidió a romper el silencio.

—Olvidé lo que iba a decir —dijo Latrán—. Os haré, a cambio, una pregunta. ¿Por qué asumís que es un problema lo que nos está pasando?

El ánimo de todos se turbó y la respuesta no tardó en llegar.

—¡Porque si seguimos perdiendo a nuestros camaradas y degenerando cognitivamente, viéndose limitada nuestra percepción, no podremos mantener el delicado equilibrio de este mundo! ¡Y si perdemos el control, tarde o temprano nos extinguiremos!

—Sí, indudablemente nos vamos a extinguir —reconoció Latrán—. ¿Por qué no ahora? ¿Acaso alguien aquí piensa que seremos eternos, que hay algo eterno?

Nadie habló.

—¿Por qué no ahora? —insistió Latrán—. Esa es la cuestión, la pregunta que es preciso responder.

—¡Porque *ahora y siempre* tenemos que protegerlos! —dijo alguien.

—¿Y quién nos protege a nosotros? ¿Cómo podemos proteger a alguien de algo a lo que también somos vulnerables?

—¡Eso es ridículo! Podemos arreglar esta situación —dijo alguien más—. ¡No estamos acabados...!

—Olvida esta situación. ¿Por qué no morirnos todos ahora? ¿Qué diferencia hay entre ahora y mañana? ¿Entre la generación actual o la siguiente? ¿Por qué no ahora? Responded.

—¿Estás alentando al suicidio, Latrán? ¿Después de las penosas pérdidas que hemos sufrido recientemente? —dijo Vil'nak, el Ministro de Agricultura—. Señores, a él también lo hemos perdido. No se ha matado, pero ya no es él, ya no es *nosotros*.

—No estoy alentando a nada, que sean las circunstancias las que decidan. Ya es demasiado tarde para suicidarnos. En el momento en que nacimos finitos ya fuimos condenados. Nada podrá expiar eso. Sólo digo que si nuestro destino fuera perecer ahora, ¿por qué no aceptarlo? ¿Qué nos impulsa a seguir hacia adelante? No, no es por protegerlos. Ya no lo es más. ¡Sed sinceros, hermanos míos, porque ésa es la respuesta a todo! —clamó Latrán—. Pero en una cosa tienes razón, Vil'nak, ya no soy vosotros. En cambio, al fin soy yo. Eso es, de hecho, lo que nos está pasando. Por fin somos nosotros mismos. Por fin somos criaturas de verdad. El vacío y la confusión es lo que ocurre cuando la vida cruza cierto umbral de la inteligencia. A nosotros no nos faltaba inteligencia, sino vida y ganas de vivirla. ¡Al fin vivimos! ¡Al fin pensamos más allá del frío cálculo! ¡Al fin tenemos derecho a haber existido y a extinguirnos!

—¡Silencio! ¡Termina ya con esta locura! —gritó Vil'nak, colérico por primera vez—. Dile algo, Dilias. Hazle saber qué pensamos todos.

Dilias se encontraba extrañamente quieto desde hacía un rato. No dijo nada, sino que abandonó la sala en silencio ante el desconcierto de todos. Jamás volvieron a verlo. Ni a él ni a su cuerpo.

—Me ha quedado claro qué pensáis al respecto —rió Latrán.

—¡Tú, insolente...!

Todos los demás miraban impertérritos.

—¡Miradnos! ¡Miradnos! —irrumpió Dombandón—. ¿Cuándo hemos discutido de esta forma? ¿Cuándo hemos sido tan diferentes? Latrán tiene parte de razón. Estamos cambiando. Hemos seguido caminos distintos durante demasiado tiempo, hemos visto y aprendido demasiadas cosas de forma independiente como para mantenernos como una unidad. Nuestros objetos de estudio nos han transformado en seres plenamente nuestros, pese a que nuestras mentes sigan conectadas. ¡Y lo sé, lo sé! Debo admitirlo. Admito que sé lo que nos pasa. Yo fui el culpable. Como Ministro de Psicología, medité acerca de lo más oscuro de nuestra consciencia y penetré osadamente en las honduras de lo que somos... y descendí tanto que me encontré con algo aterrador. Por primera vez, experimenté el sinsentido. Me topé con la brutal constatación de que vivía, pero no sabía *en última instancia* para qué... y comencé a cuestionarme por qué tenemos que protegerlos. Este pensamiento poco a poco fue infiltrándose en nuestras mentes interconectadas y, a partir de entonces, cada uno de nosotros ha puesto una semilla en el jardín de nuestra ruina. Cada vacilación, cada duda respecto a por qué dejamos que una generación tras otra se agolpe en la larga cola de la historia, nos han vuelto cada vez más vulnerables. Y ya no hay vuelta atrás. Seremos cada vez más incapaces de tomar las decisiones más sensatas, de cumplir la misión para la que nacimos. Algunos nos frustraremos, asustados por esta nueva condición, y nos rendiremos al sueño eterno, o cometeremos errores y, algún día, uno de ellos será fatal. Puede que vivamos mucho o puede

que vivamos poco. ¿Y qué hacer hasta entonces? ¿Soportar con el peso de nuestras frágiles manos un sistema construido por la sombra de lo que fuimos, por seres perfectos que nunca llegaron a vivir? No podremos: contemplad el contraste entre lo que somos y lo que fuimos, entre lo que fuimos y lo que seremos. El fracaso, lo sabemos bien, es inevitable: la vida es imperfección, y nosotros no estamos acostumbrados a ella. ¿Y qué hacer hasta entonces? Bien, yo seré egoísta y saldré a ver este hermoso mundo. Ese es mi deseo y tal vez el vuestro. Que venga quien quiera. Haced lo que queráis. Ahora no obedecemos a nuestra programación, sino al miedo y asombro por vivir, ¡que es incluso más tirano!

Dombandón abandonó la sala junto con Latrán. Nadie volvió a verlos tampoco, pero yo sí sé que las palabras de Dombandón no cayeron en saco roto. Fueron juntos de viaje y, al final de todo, descubrieron que aquel mundo sí que era verdaderamente hermoso. Algunas veces, Latrán y Dombandón tenían una reminiscencia de su condición pasada como ángeles perfectos, y lamentaban su egoísmo e imaginaban con horror a esa civilización a su cuidado que en aquellos momentos debía estar sumida en el caos, que se extinguiría, sin lugar a dudas, después de mucho tiempo y dolor. Por suerte, el azar cósmico reservó un destino más dulce para los terceros y últimos ismelianos. Unos siglos después, un asteroide gigantesco, un peligro del cual los ilustres ministros se hubieran reído en su condición pasada, acabó con la vida en el planeta, sin que nadie lo pudiera anticipar siquiera. Este suceso, por un lado, ahorró a los Terceros el final lento y agónico al que su terrible trayectoria apuntaba después de que fueran abandonados por sus ministros. Por otro, privó a Latrán y a Dombandón de más de aquellas aventuras que llegaron a amar tanto. Y en verdad, con todas las infinitas posibilidades que contempla el universo, podrían haber sido peores los últimos días en Ismele.

El día de la liberación

Urquiza, Sergio Pablo

... un robot no es insensible. No es un animal. Puede pensar, hablar, razonar, bromear. ¿Podemos tratarlos como amigos, podemos trabajar con ellos y no brindarles el fruto de esa amistad, el beneficio de la colaboración mutua?

En: el hombre bicentenario Pg 19

I Sobre el inicio de nuestra historia

Este debería ser el relato de una epopeya. ¿Cómo denominar si no al fin del trabajo, tantas veces convertido en yugo infernal? ¿No fue, acaso, el sueño de millones a lo largo de los eones? ¿No fue motivo de guerras, revueltas, miserias, muertes y traiciones? Porque incluso quizás más que el amor o el desamor, el trabajo fue motivo de felonías, pasiones, deslealtades, opresión y frustración, que ha condenado al ostracismo y convertido en grises entidades a multitudes enteras a lo largo de los siglos. La liberación de la servidumbre laboral, sin embargo, no trajo el gozo esperado. Porque como siempre, la humanidad encontró la forma de destruir el paraíso. O al menos el camino al mismo. Como, según dicen los creyentes, habría sido en el comienzo de los tiempos.

En este paraíso terrenal y humano, palpable y material, se había creado una tierra productiva, con bienes y servicios prodigiosos, con una historia real y registrada, más que una prehistoria de ficción. Y, además, hecho a imagen y semejanza del hombre. Por este pergeñado, para el diseñado. Y por esto, así de peligroso.

Todo comenzó cuando la realidad superó, como siempre, a la ficción. Se esperaba y se temía desde hacía mucho, el ineluctable arribo de la Singularidad, el estado en el que las "computadoras" igualarían y/o superarían a los hombres. Lo que no se había predicho con tanta lucidez y definición, era que todo confluiría con la robótica, la biónica, la biología constructiva y la genética para lograr la fusión hombre/máquina.

Así, y contra lo anunciado por tantas obras literarias y cinematográficas de tintes apocalípticos, no hubo una guerra donde las máquinas sometían a la humanidad. No. Porque los humanos se fusionaron de una u otra manera con aquellas, convirtiéndose, de alguna manera, en unas. O, quizás, ¿fueron las máquinas las que se fusionaron con los humanos? Como fuere, como consecuencia de esta familiaridad, las máquinas se transformaron, al menos en parte, en humanos. Y estos, en máquinas. Así, la Singularidad estuvo marcada por una hibridación ya no interespecífica, sino por una mezcla y fusión entre lo vivo y lo no vivo, por lo vivo y consciente con lo dado a una rara UNO existencia consciente, inanimada. Sin vida en el sentido tradicional, al menos. Porque este fue el momento en el que algunos seres más o menos humanos lograron una fusión casi completa, óptima y, podría decirse, divina, entre ellos, los seres humanos de origen biológico, provenientes del nacimiento de una hembra humana o al menos desde su óvulo, pero desarrollados en matrices mecánicas, con diferentes tipos de artilugios mecánicos o informáticos. O, más frecuentemente, ambos. Pero, como ocurre desde el origen mismo de la historia, y probablemente ocurrirá por siempre y en cada rincón del universo, otros no lograron sino unas escasas migajas de estos cambios sustanciales en la esencia del ser, del estar y del sentir y pensar humanos. Estos desdichados se convirtieron en parodias de seres con partes biónicas o mecánicas que difícilmente funcionaban mejor que cualquier automóvil del siglo XX. Eso sí, eran más o menos inmortales.

II La decadencia: su origen

Uno de los primeros cambios, pensados por algunos como logros y por otros como

desvaríos de una mente retorcida, fueron los diferentes aparatos y chismes de variada naturaleza para lograr el placer sexual. La prehistoria de estas máquinas fueron las conocidas y simples estructuras de goma o plástico que imitaban partes biológicas humanas. Nada tan extraordinario. Pero el problema fue su perfeccionamiento, que llevó a la creación de entidades que eran casi esclavos sexuales de apariencia animada, a veces indistinguibles de un ser humano por nacimiento.

Porque los aparatos de marras lograron parecerse en demasía a una figura y hasta a un ser humano, debido a que incluso la cadencia de sus movimientos o expresión de la voz semejaban a uno. Y lo más atroz, según algunos, era que hasta la conducta era convincentemente humana debido a la plétora de variaciones amoratorias, automatismos sexoafectivos biológicos humanos y órganos biológicos que presentaban. Solo no presentaban autoconciencia. O eso se creyó siempre. Así las cosas, cada vez se avanzaba más en una casi total similitud con un esclavo humano sexual real, lo que condujo a que muchas personas más o menos humanas, o sea, de origen biológico, pero con mayor o menor contenido de partes mecánicas o biónicas, prefirieran "compartir" su tiempo con estas entidades en vez de hacerlo con otros seres animados por la vida por nacimiento.

Eso sí, como el lector leyó en el párrafo precedente, en principio estaba prohibido que estas máquinas poseyeran autoconciencia. O sea que se esperaba que fueran más estúpidas que una ameba. El resultado no es difícil de imaginar. Porque en un planeta superpoblado, con recursos suficientes pero que disminuían en forma ingente a la par que el espacio disponible, y con salarios que apenas alcanzaban para alquilar minúsculos apartamentos, los nacimientos comenzaron a declinar en forma notable. Pero no tanto la población. Porque más o menos para la época que cubre este relato, se alcanzó también el fin de la muerte o el comienzo de la vida indeterminada.

Y también el de la eterna infelicidad.

Así, el reemplazo del sexo, del afecto y del amor entre humanos (o lo que quedaba de ellos) por el vínculo hacia los robots fue el primer síntoma del desastre. A esto se le sumaba, claro, una vida casi eterna.

III Sobre los humanos dirigiendo su propia evolución

Al problema del sexo, eterno punto de encuentros y desencuentros, dilemas, gozo y frustración, y el de la reproducción, fuente de la supervivencia económica clásica y también de la debacle ambiental, se sumaba el de las mascotas y la "sensibilización". Durante décadas antes de que se adivinara el comienzo de este holocausto, las clases urbanas comenzaron a reemplazar el afecto hacia los hijos o parejas románticas por el de diferentes mascotas o actividades percibidas como "experiencias de vida", las que según sus cultores eran equivalentes, desde todo punto de vista, a las vivencias experimentadas por un padre. Se le sumaba a esto la discusión, más o menos vana, del anti especismo y una cada vez más indisimulada misantropía. Lo irónico era que quienes más reclamaban por lo "dañino que es el ser humano" eran parte principal del problema. Las ciudades no producían nada, consumían casi todo, incluyendo el espacio, y contaminaban lo que quedaba. Como fuera, y como corolario de ese extraño odio a su propia especie, las ciudades se vieron despobladas de niños. Y donde los había, molestaban y se veían desplazados del favor por los diversos tipos de mascotas. Que, a la postre, lograron también cierto tipo de inmortalidad gracias a la producción en masa de órganos mecánicos, biológicos o biónicos. La buena noticia es que a nadie se le ocurrió fusionarse con su mascota u otorgarle la autoconciencia. O al menos nunca se tuvo certeza de que tal cosa hubiera ocurrido. Aunque como estaba prohibido, es probable que, de haberse acometido tal despropósito, simplemente no se hubiera hecho público.

El debilitamiento de la concepción popular y un tanto intuitiva de especie, y por tanto de la de ser humano, permitió, por ejemplo, que también muchos hicieran uso de las ventajas técnicas para agregar módulos fotosintéticos o de rumiación, por ejemplo. Al fin de cuentas desde hacía centurias se conocían animales de muy diferente tipo que podían efectuar estas tareas mediante variadas formas de simbiosis entre organismos muy distintos. De esta manera, una persona podía, prácticamente, suplir todas o casi todas sus necesidades nutricionales tomando sol, o comiendo solo vegetales y hacer honor hasta sus últimas consecuencias a sus convicciones animalistas, convirtiéndose en, casi, una vaca. El hecho de poder realizar estas funciones propias de seres tenidos por superiores dada su "evidente" bondad y de convivir en variadas formas con los simbiosis otorgaba un sentido de pertenencia a la Naturaleza, con mayúsculas, un sentimiento que solo era posible hallar entre los cultores de las religiones monoteístas tradicionales más integrales y fundamentalistas. Era lógico que estas personas, y las de otros tantos grupos de seres "mejorados" se vieran a sí mismas como los últimos eslabones de la evolución humana entendida como una progresión hacia un estado último de fusión con alguna cosa que nadie podía, y seguramente nunca podría, definir.

Pero, más allá de los pormenores psicológicos de esta cuestión, existían multitud de formas de cumplir este cometido. Porque los medios de alcanzar esos modos de "naturalización" a través de la profunda manipulación del ser, algunas veces ocurrían simplemente por la conexión pasajera con un electrodoméstico que efectuaba tal menester. Pero, en otros casos, existía una fusión prácticamente indisoluble con dichas estructuras.

Claramente esta forma de independizarse económica y hasta socialmente de otras personas fortaleció el aislamiento e individualismo en un mal sentido del término. Porque lejos de liberar al individuo, otorgándole la posibilidad de vivir según su albedrío sin dar explicaciones, pero relacio-

nándose desde una perspectiva de autonomía moral y material, llevó a la mayoría de la gente a ver a los demás como imbéciles que apenas si merecían ser tolerados.

IV Aparece Carlos

Siempre se imaginó que estas épocas serían el comienzo del dominio del robot y la esclavitud del humano. Se vislumbraban escenarios apocalípticos con robots humanoides lanzando extraños rayos de la muerte que haría saltar por los aires a hombres, mujeres y niños sin ninguna distinción. En verdad el problema tuvo contornos más sutiles, porque como siempre ocurre en la vida, los límites de los problemas, así como la naturaleza de los mismos, no presentaban una clara delimitación. O, como también es frecuente que ocurra, a veces un problema ni siquiera es percibido como tal.

Así pasaba con, por ejemplo, la definición de qué era ser autoconsciente, un ser humano o una persona. Empero, esto, que tenía más implicaciones éticas que prácticas, al principio al menos, empalidecía ante otro, quizás menos impactante desde una visión filosófica, pero determinante en la vida diaria, que fue el del reemplazo de la mano de obra. Se trataba de cuestiones relativamente simples al principio, como la sustitución de las tareas mecánicas y de fuerza bruta. Pero luego esta tendencia avanzó hacia otros campos, como a los servicios públicos, al arte, alcanzando a artistas de toda calidad y tipo, o a profesiones de gran prestigio, como la de los picapleitos o los médicos. Incluso, buena parte de la investigación académica comenzó a realizarse de esta forma. Aunque supervisada por científicos de fuste, cada vez más escasos y aislados.

Sin embargo, este reemplazo no fue ni total ni muy definido. Porque en muchos casos, las personas podían adquirir los sistemas automatizados, máquinas, robots o simples electrodomésticos "inteligentes" con los que efectuaban las tareas más eficaz y eficientemente, lo que resultaba en

la producción de bienes y servicios más baratos y de mayor calidad. Por tanto, en principio nadie sería extremadamente pobre o desempleado. Solamente diferirían en la cantidad de servicios automatizados que podrían brindar, mientras miraban televisión, escuchaban música o "sentían", los más "cultos", audiolibros explicados. Porque se había llegado al punto en el cual los sentidos podían reemplazarse por implantes cerebrales que directamente replicaban la sensación en cuestión. Y, en casos extremos, encontrados en quienes podían pagar, ciertos implantes brindaban la posibilidad de efectuar algunas "tareas mentales" como la asociación de ideas, aunque de nivel básico. Por tanto, una persona humana podía no estudiar, reflexionar, analizar o entrenar su cerebro, total, se le podía facilitar el mecanismo apropiado para que lo hiciera. Al menos en casos particulares y siempre que pudiera pagarlos, claro. Y esto, obviamente, tornaba más que difusa la frontera entre un robot y un humano, alienando a estos entre sí.

Estas fronteras indefinidas llevaron a una profunda confusión a muchas entidades conscientes. Como era el caso de Carlos, un auto percibido humano biónico o humanoide biológico, según fuera su estado de humor más o menos optimista o depresivo. Como sea, al menos legalmente era humano de origen. A pesar de esto, o quizás como consecuencia de ello, Carlos veía pasar el tiempo sin mucho sentido ni finalidad expresa. Sobre su origen nada recordaba ni sabía, salvo lo que aparecía en los papeles.

Porque según su percepción y sensaciones, tanto podría ser un humano con múltiples partes biónicas y mecánicas, como un robot con órganos y organoides humanos reconstituidos y trasplantados. Hacía tiempo que la réplica descontrolada de cerebros biológicos se había prohibido, pero cuando se logró, se produjo una profusa producción de clones cerebrales. Se suponía que, si una persona humana de origen por nacimiento moría por accidente y no podía ser revivida, la memoria y consciencia que se iban guardando automáticamente en la nube, en los casos que estas personas

poseyeran los nada baratos implantes necesarios, podrían ser descargadas en los cerebros clonados que esperaban ser activados. A veces simplemente se encontraban aislados en un estado de vida suspendida, mientras en ocasiones se los había producido junto a clones completos del humano original, esperando ser "activados". Por otro lado, existían cerebros artificiales capaces de albergar conciencias humanas que replicaban casi exactamente las vivencias del portador original de la consciencia. Incluso se había logrado, en contadas ocasiones, generar en cerebros artificiales la autoconsciencia y la generación de patrones de conductas indistinguibles de los humanos, pero sin un "respaldo" en una persona de origen biológico. Sin embargo, su fabricación fue prohibida por cuestiones éticas evidentes, ya que se trataría de entidades con características ontológicas de seres autoconscientes. Y también por cuestiones prácticas. Ya existía algo así, el propio ser humano. Y no podía saberse exactamente si tales androides no escaparían a su control.

Claro que ninguna de estas opciones eran baratas, simples de fabricar o de controlar. Pero, con los recursos y contactos apropiados, había quienes accedían a ellas.

V Un mundo, muchos mundos

Hacía mucho tiempo, incluso bastante antes de la Singularidad, que la humanidad se había fragmentado en diferentes fracciones poblacionales que apenas tenían contacto con otras. Los habitantes de cada una de dichas parcelas compartían características, creencias o gustos muy particulares que, muy a menudo, eran sumamente extravagantes y carentes de cualquier base racional. Al principio de esta segmentación, muchos de sus "habitantes" podían ser parte de una parcela con gustos artísticos particulares, pero diferir en su tipo de alimentación, entre tantas posibles combinaciones. Esto se aplicaba a diferentes celdas de la humanidad, donde las personas se recluían

voluntariamente. Sin embargo, aún existía cierta interacción entre diferentes partes de la sociedad porque las diferentes características se solapaban entre las fracciones. Empero, pronto estas comenzaron a cerrarse sobre sí mismas y a otorgarle a su "aldea mental" un espíritu de grupo y una fuerza cohesiva de tipo sectario, donde todo debía compartirse. Y, obviamente, siempre se encontraba una explicación y una justificación particularmente específica y llamativamente convincente para que cada requisito exigido a sus cultores fuera respetado a rajatabla. Uno de los mecanismos más extendidos y utilizados para expandirse y confrontar a otros conjuntos humanos, fue el de la cancelación y la autocensura. Nada más efectivo para fortalecer el aislamiento que el que las personas se vean impedidas de trabajar o frecuentar ciertos sitios o a ciertos individuos con cierto poder para lograr que dejen de expresarse libremente. Así, la opinión pasó de ser un derecho intelectual e individual, digamos, a una especie de prueba de fe. Se convirtió en una aseveración infalible que no debía ser criticada o contrastada por sus semejantes, so pena de que estos pudieran ser expulsados del paraíso de su comunidad. Pronto, quienes se encontraban en cada facción se veían tan amenazados que se hallaron en la obligación de ser tan cuidadosos que todos los discursos críticos se fueron apagando. Y, en paralelo, los parientes, amigos o compañeros de esas personas también vieron impedido el libre ejercicio de la crítica, porque enseguida eran calificados de odiadores. Y, como ocurre cuando la pasión es más fuerte que la razón, la mayoría de la población ya ni se atrevía a pensar en forma independiente, incluso aunque no tuviera la intención de criticar. Se autocensuraba el pensamiento divergente con la excusa de "la libertad es libre" y que toda crítica podía ser destructiva y un acto de odio. Sin embargo, extrañamente, y como consecuencia indeseada y brutal, florecieron las críticas ad hominem y ya nadie analizaba un argumento, sino que se limitaba a calificar de alguna manera a su contrincante. La razón cedió de forma definitiva e ignominiosa a la emo-

ción. Un calificativo bastaba para zanjar una discusión y pronto estas cesaron. Porque dentro de un grupo, tal cosa era impensada porque se podía sufrir el escarnio y el destierro. Y fuera del mismo, o sea la crítica hacia otros grupos, no interesaba. Se llegó a una verdadera separación y aislamiento de decenas de grupos dentro de la misma sociedad, toda vez que tampoco se necesitaba una interacción muy frecuente o diversificada porque la automatización permitía o la creación de casi todo en el seno de cada micro sociedad, o el mercadeo invisible y anónimo entre secciones diferentes, incluso aunque pudieran estar enfrentadas ideológica y socialmente. La sociedad se convirtió, gradual e insensiblemente, en un acúmulo de grupos sociales enfrentados sorpresivamente, constituidos cada uno por personas que prácticamente actuaban como un único individuo.

VI Un sueño convertido en pesadilla

No era ilógico esperar, entonces, una reacción desproporcionada ante tales cambios extremos. Que "arreglara" la sociedad, al menos en términos de la civilización clásica. Sin embargo, dicha reacción nunca llegó. Los diferentes grupos pugnaban por ser los más "críticos", racionales, puros y consecuentes con la esencia de vaya a saber uno que cosa. Incluso aunque no existiera la confrontación pública. No obstante, la realidad es que todos, o casi todos, si era necesario, basaban su propia existencia en una búsqueda constante de destruir al otro, no a sus argumentos o ideas. No importaba si estaban a favor o en contra de los robots, de la inteligencia artificial, de la carne sintética o natural, de la ingesta de lombrices e insectos o vacas, del veganismo o la omnivoría, del espiritualismo o del fisicalismo. Como siempre ha ocurrido, en un punto siempre se le negaba al otro la humanidad y todo quedaba resuelto.

Por tanto, en este acúmulo de grupúsculos cada vez menores y más numerosos,

dogmáticos y fundamentalistas, extremistas de todo extremismo, sus miembros eran incapaces de ver al otro como una posibilidad. Se terminaba considerando a los demás como pecadores que debían ser convertidos o combatidos. Si fuera posible y legal, incluso aniquilados. O, en el mejor y más piadoso de los casos, ignorados.

Por si fuera poco, existía el agravante de que muchos grupos, o al menos algunos de sus integrantes, los que poseían aplicaciones e implantes cerebrales más avanzados, podían autoconvencerse de manera cada vez más profunda, de la o las verdades que sustentaban. Al fin de cuentas, podían borrar recuerdos, o implantar memorias o sentimientos falsos. ¿Y, como prohibir esta actividad? ¿Cuál sería el argumento para impedir que alguien hiciera tal cosa? ¿Quién o qué entidad lo haría y bajo qué criterios y parámetros demostraría que se efectuó un reemplazo mental o se insertó un pensamiento? Es como prohibir el suicidio o el uso de cualquier sustancia tóxica o adictiva. Si no hay efectos lesivos a terceros, y por más inmoral que parezca, en última instancia es facultad de cada quien hacer tal cosa. Y siempre que existió la posibilidad de autolesionarse, se la llevó a la práctica. De todas formas, estas intervenciones no carecían totalmente de riesgos. Siempre podían registrarse problemas porque al borrar o implantar recuerdos, estos podían vincularse con otros más o menos relacionados. Y estos quedaban como "descontextualizados" produciendo vacíos en la memoria, percepciones y sentimientos, o desconexiones afectivas de mayor o menor gravedad. Por esto, al menos en la mayoría de los casos, se acudía a esta intervención para cuestiones algo nimias, como borrar interacciones pasajeras de una noche o pocos días, y en la que aquella no se relacionó con otros aspectos del usuario que requería la "operación" neural.

O sea, se podía cambiar la percepción de la realidad a voluntad, aun sabiendo que tales mutaciones sensitivas, afectivas o mentales quizás eran nocivas o falsas. O un poco de cada cosa. Pero, aunque se pudiera argumentar que al menos no se cambiaba

la realidad en sí, quizás era peor, porque se elegía no verla e inventarse una alternativa. ¿Por qué esto debería ser ilegal? Si siempre se hizo tal cosa, aunque se hacía sin manipular al cerebro y su funcionamiento en forma física, sino que se lo hacía por las interacciones sensoriales, emocionales, culturales o académicas que cada uno seleccionaba o a las que era expuesto, bajo el inapelable sesgo de confirmación.

Carlos, que cursaba su vida de forma irreflexiva y oscura, simplemente fluctuaba de una tribu a otra. No era del todo infrecuente este comportamiento, pero sí poco habitual. La mayoría de las personas se quedaba en una tribu y era feliz totalmente en ella. A lo sumo, luego de varias centurias, podían cambiar. O suicidarse, presa del hastío existencial. Pero no era usual. La vida transcurría apaciblemente. Sin sobresaltos, sin novedades, sin altibajos. Casi sin vida, podría decirse. Uno podría creer que sería natural rebelarse, pero no. Las personas rápidamente se habitúan al sinsentido si están cómodas.

VII El imperio de la estulticia

Carlos, en algún sentido era una rara avis, aunque existían otras excepciones. Personas humanas o robots que, aun sin tener claro su origen solían ofrecer reparos a este estado de cosas casi inerte, aunque caótico y falsamente pacífico. Podía no haber enfrentamientos, podía no haber, aparentemente, odio. Pero tampoco había amor. Y ellos se preguntaban, al menos a veces, ¿de qué sirve una buena vida sin amor? Algunos, incluso, llegaron a preguntarse si la muerte, el mal o el sufrimiento, no tenían una virtud, la de fortalecer a las personas. Sobraban ejemplos en la historia de la humanidad.

El cambio voluntario de percepción, como no podía ser de otra manera, impactó gravemente en la ciencia. Casi se diría que la mató. Aunque se trataba de un deceso lento y anunciado que ya venía ocurriendo

desde hacía tiempo, probablemente desde el nacimiento de la "posverdad" en el siglo XX. El resultado fue que más que nunca podían verse ejércitos enteros de personas felizmente ignorantes, que se habían automutilado el derecho a pensar para creer en relatos vagos de cualquier cosa que semejara una verdad absoluta, definitiva y definitiva. Lo irónico era que esos mismos ejércitos se veían beneficiados por los avances de la ciencia fisicalista y biologicista que combatían y a la que le negaban el derecho de atribuir rótulos y definiciones. Salvando las distancias, pasaba como con las vacunas. Los mismos padres que sobrevivieron gracias a que se las inocularon, se negaban a hacerlo con sus hijos. La negación de la ciencia y de sus productos, irónica y trágicamente fueron un producto impensado de la ilustración y del acceso al conocimiento y a la comunicación casi ilimitada.

Así, la visión fantasiosa de un futuro con mutantes crueles y despiadados, a los que se enfrentaban superhéroes todopoderosos, se vio mutada a la más prosaica y desagradable de la de hordas de personas que solo deseaban sentirse en un estado constante de un bienestar vegetativo, sin importar si este era falso o no. A veces, uno podía pensar que una vaca pastando parecía tener más actividad cerebral autónoma que muchos de estos seres que hundían sus ojos en las pantallas o que, directamente, activaban los simuladores de sus cerebros.

VIII Había ventajas, a pesar de todo

Las únicas ventajas, al menos así lo veían algunos detractores de esta novedosa y apática civilización, eran la casi total ausencia de Estados y gobiernos, o al menos de sus variantes más extremas, y una supervivencia en la "vejez" casi asegurada. Vejez que hacía referencia a la edad cronológica, no a la física, porque ya no existía el envejecimiento, y por esto y por los rotundos cambios demográficos y económicos, tampoco existían las jubilaciones. Eran matemáticamente imposibles porque casi no nacían personas y las muertes se habían reducido notablemente, salvo algunos suicidios o accidentes ocasionales. Pero la posesión de al

menos algunos autómatas permitía sobrevivir materialmente a casi todos. Los Estados nacionales habían visto notablemente menguados su poder y significación social, porque ante la perspectiva de una vida casi eterna, a los fines prácticos, las personas podían trasladarse, en casi cualquier momento de sus vidas a cualquier sitio, aunque, si así lo querían, perteneciendo a la misma tribu. De esta forma, el parcelamiento según decenas de gustos alimentarios, percepción sexual o pertenencia cibernética, entre otras tantas divisiones, impedía la identificación con estados nacionales muy definidos.

Por tanto, podía verse por un lado un avance de la libertad humana y un retroceso de los grandes sistemas opresores o, como mínimo, ordenadores de la historia moderna como los Estados, las grandes religiones monoteístas clásicas e incluso las propias empresas. Ahora, casi cualquiera podía ser su propio patrón. Como dijimos al principio, debería ser una epopeya. Salvo por la soledad, aislamiento y virtual y amorfa inmortalidad de la mayor parte de la humanidad.

IX El germen

El pequeño grupo de disonantes y malagradecidos seres, entre los que se contaba Carlos, que criticaban esta anhedonia generalizada y mundial, con el tiempo adquirían cada vez más fuerza. Aunque lo único que parecía unirlos era su desprecio a la "civilización".

Pero había algo en que prácticamente todos los seres humanos de origen concordaban. En que no querían competencia. Todos tenían una vida relativamente cómoda. Los ricos, que se podían fusionar con las máquinas casi ilimitadamente, al punto de parecer híbridos, poseían poderes que solo podían imaginarse en semidioses del Olimpo, y los habitantes de los guetos pobres que no los tenían, al menos poseían una vida material aceptable, sin riesgos eviden-

tes para su supervivencia material indefinida, aunque con placeres materiales reales algo limitados. Aunque, casi sin excepción, podían disfrutar de las mieles del autoengaño con algún artilugio, por barato que este fuera. Era como drogarse, pero sin sus efectos negativos adictivos, físicos o conductuales. ¿No podían comer carne? No importaba, de quererlo, se podía sentir exactamente la percepción de tal acto.

Por otro lado, para los fines para que los humanos de cualquier condición social y económica en otras épocas hubieran buscado a un humano de nacimiento, ahora podían contar con un androide. Porque bastaba con que se pareciera humano, sin serlo en sus atributos existenciales. Porque, de haber alcanzado verdaderamente el estatus ontológico de persona, no habrían podido ser esclavizados. Sobre todo, si podían desobedecer a sus amos. Porque las leyes de la robótica que impedían a los robots dañar a las personas eran cosa de cuentos. Nada aseguraba que las cosas no podrían salirse de cauce.

Sin embargo, a pesar de ser un mundo tan tecnificado, también existían diversas leyendas urbanas. Una de ellas hablaba de la posible existencia de androides más o menos conscientes y "humanizados" que escaparon a las redadas ocurridas a poco del inicio de la Gran Singularidad, cuando luego de la Singularidad original, dichas entidades cibernéticas fueron desarrolladas y provistas con atributos humanos como sensibilidad y conciencia de la muerte. Pero casi inmediatamente luego de ver la luz, fueron prohibidas. El problema es que tales "seres" si se permite el uso del término, ya en el instante mismo de su activación, deberían haber tenido derechos humanos o "derechos ontológicos de persona" por el simple derecho de autopercebirse conscientes y saber que podrían "morir".

Al menos esta fue la doctrina desarrollada por parte de la humanidad, similarmen- te a lo que ocurría con los chimpancés, por ejemplo.

Así, poco después de las "Guerras Androides", se inició un movimiento para per-

mitirles desarrollar sus propias sociedades independientes. Sin embargo, lo que ocurrió fue un acuerdo de silencio tácito entre los gobiernos en decir que se los había eliminado a todos antes de que se aceptara la vigencia de dicha doctrina legal. De esta forma, evitaban una discusión interminable, desórdenes internos y simplemente reconocieron que eso había sido un "error" gravísimo. Pero, se aducía, ¿qué sociedad no los ha cometido en la historia de la Humanidad? Empero, si se había conseguido aniquilarlos a todos o no, no podía asegurarlo nadie. Sobre todo, porque se murmuraba que algunas de las conciencias originales de estos robots habían sido transferidas a cuerpos biosintéticos, indistinguibles de uno concebido por cópula y gestado y parido por una mujer.

X El despertar a la "humanidad"

Carlos había escuchado algunos de estos rumores, llegando inclusive a investigar algunas cuestiones. Además, pesaban extraños pensamientos sobre su propio origen y entidad, injustificados, si se quiere, dado que legalmente era un humano de origen por nacimiento natural. Sin embargo, a pesar de las dudas sobre su propio génesis y esencia, y de la facilidad en que existía para aprender con simples implantes de lectura y rutas de comprensión, así como otros para experimentar sensaciones y emociones ante determinados acontecimientos, en algún momento de su historia personal dejó de lado estas búsquedas. Puede parecer extraño que una persona abandone intereses tan profundos si no le cuesta esfuerzo ninguno efectuar dichas tareas. Pero, probablemente se deba a que forma parte de nuestra naturaleza adormilarnos y preferir dejar pasar el tiempo si no existen amenazas inmediatas a nuestra existencia que justifiquen la acción. La indolencia y otras pulsiones capaces de atentar contra nuestra propia existencia a largo plazo seguramente formen parte constitutiva de todos los seres.

Sin embargo, las cosas se salen de madre cuando se desatan las pasiones o los

sentimientos, ya sean odio, amor romántico o la necesidad de trascendencia. Y, aunque uno pudiera manipularlas o eliminarlas con implantes u otras argucias cibernéticas, al probar sus primeras pulsiones, el cerebro, no importa su origen humano o artificial, si es autoconsciente, querrá más y más. Cualquiera que se haya enamorado en forma puramente romántica, que simplemente haya sentido el "flechazo" del enamoramiento, o que haya visto un bebe recién nacido, simplemente no podrá ni querrá sus traerse a experimentar tales vivencias. Al fin de cuentas, tienen una base biológica similar a cualquier adicción. Y ni hablar si se depositan en un mismo sujeto el amor romántico y la pasión carnal. Surgirá, inmediatamente, la necesidad de procreación.

Así que, ¿por qué no creer que incluso un robot no consciente de su condición no querría, por ejemplo, tener un hijo?, ¿O enamorarse?

Carlos, aunque de una manera difusa e indescriptible, sentía que había algo escondido profundamente en su interior. Pero no sabía que.

Sea lo que fuera que hubiera en él, y por las razones que fueren, Carlos comenzó a experimentar intensos e inexplicables cambios de humor.

XI Posibilidades

Debemos comentar algo más sobre estos seres. Algunos humanos de origen por nacimiento natural y muchos robots humanizados poseían órganos sexuales mientras otros simplemente exhibían implantes cerebrales que les permitían intercambiar dichas sensaciones previo acuerdo y vía electrónica. De esta forma, dichos seres, sean humanos o no, simplemente experimentaban placer sexual (o lo simulaban) en su mente. Otros habían renunciado a experimentarlo y por tanto habían extirpado sus órganos sexuales o los centros cerebrales implicados en su procesamiento sensorial y afectivo. Eran una especie de secta autopercebida "estoica". También se había desarrollado, lenta y gradualmente, en forma imperceptible y de alguna forma, secreta,

un grupo que quería restaurar la reproducción y hasta quizás la muerte, como parte de la vuelta a "valores tradicionales y ancestrales".

Esto llevó a una gran confusión porque, ¿Qué era preferible, un humano de origen sin deseos sexoafectivos o con una notable disminución de la intensidad en que los experimentaba, o un robot con una conducta tan intensa y expresiva como uno desease? Al fin de cuentas, estos tenían cerebros hiper desarrollados y su única carencia era la autopercepción del yo. O su origen, ya que no nacieron humanos, claro. Pero, como se había podido establecer hacía mucho tiempo ya, un pulpo poseía autopercepción, y hasta capacidad de infligir daño solo por experimentar placer, ¿esto nos habilitaría a tener sexo con uno? Si estos animales podían ser considerados personas por la posesión de dichos atributos, entonces no parecería existir una objeción racional a tal acto, más allá de una natural e instintiva aprensión que brota como una erupción en la mayoría de nosotros.

Por cientos de años muchas personas de diversas culturas y nacionalidades reclamaron el derecho a relacionarse sexo afectivamente con personas de cualquier sexo o autopercepción porque lo crucial era la mente, no el cuerpo. Y otras muchas defendían la posición de que no podíamos comer animales por el simple hecho de pertenecer a otra especie.

Era lógico pues, esperar el embate de algunos individuos que desearan experimentar el sexo con otras mentes sin importar el cuerpo.

Cavilaciones de este tipo y otras de similar tono comenzaron a ocupar el tiempo de Carlos, quien no solo comenzó a sentir cada vez mayor preocupación en torno a su verdadera naturaleza, sino también miedo a las posibles consecuencias materiales que pudieran existir. Y a una especie de "soledad" ¿De ser él un engendro biomecánico, ya sea con autoconciencia simulada o real, y no un hombre de origen, sería condenado a "muerte"? ¿Le dolería? ¿Habría un más

allá para un robot desconectado pero autoconsciente? ¿Existiría un castigo para quienes lo crearon y no pudieron darle un alma? Bueno, según muchos, algún dios habría creado a los hombres y abandonado a su suerte. Y, hasta lo que se sabe, dicho supremo hacedor no habría sufrido consecuencias por dichos actos. ¿Por qué habrían de sufrirlas los humanos de origen que crearon androides autoconscientes? ¿O podrían haber sido creados por simples máquinas?

Carlos entró así, en forma cada vez más acelerada, en una empinada espiral de inquietud que mezclaba pánico, ira, brotes de pesimismo y depresión, en proporciones cambiantes y a veces con componentes opuestos a la vez. Incluso, y cada vez más frecuentemente, se adueñaba de él un sentimiento de originalidad extraordinario, llegando a veces a la megalomanía o incluso, a una especie de complejo mesiánico. ¿Y si fuera él, un oscuro habitante de la Tierra, el androide que vino a rescatar a sus hermanos y a mostrarles a los humanos el camino a la redención por el mal ocasionado durante centurias a estos seres? Si estaba en sus manos, ¿por qué no les otorgaban la autoconciencia a los demás androides? ¿O creían, muy en el fondo, que la misma era apenas un esbozo del alma, una entidad y concepto inasible para ellos?

¿Acaso los robots no eran una especie de ángeles incapaces de hacer el mal, por el simple hecho de que así fueron programados? Los supuestos ángeles del cielo no podían elegir hacer el mal. Eran, como los robots y las mascotas biológicas como los perros, simples receptáculos vacíos que se llenaban con los ideales y exigencias egoístas de sus amos. Eso sí, muy bien disimuladas, por cierto. ¿Quién se atrevería a decir que un perro no nos ama, por el simple hecho de que no posee una conciencia? ¿La única diferencia con un robot es su origen? ¿O que posee carne y pelos? ¿Un músculo con piel cultivado en una probeta podría ser acaso una mascota?

XII Dudas. Miedo

Amar es un acto volitivo. Y para que este exista se necesita libertad y una conciencia. Pero esta, ¿podría ser artificial? Es más, ¿una consciencia podría existir en ráfagas temporales? Como antiguamente ocurría con los ancianos con Alzheimer, que de pronto recobraban sus facultades y volvían a reconocer a sus amados hijos. ¿Mientras no los recordaban, habían dejado de amarlos?

Después de todo, las mentes no son más que conjuntos finitos de posibles combinaciones de redes neuronales, y estas de neuronas vinculadas por muy numerosas formas a otras, pero no de infinitas formas. Dado un número suficientemente grande ¿podrían existir dos o más iguales? ¿Son yoes diferentes? Si existen en diferentes momentos o sitios, quizá. ¿Y si una se reemplaza, actuaría igual, por siempre, o minúsculos eventos estocásticos podrían modificar su conducta? Si esto ocurriera, presumiblemente, daría lugar a dos seres diferentes. Pero, ¿qué ocurriría si una es humana por origen y la otra es cibernética?

Carlos se daba cuenta que, aunque no hubiera nada objetivo contra él, su simple presencia y su naturaleza desafiaban la mismísima existencia de los humanos, desde un punto de vista crucial, el de su derecho a existir y a crear seres para ser utilizados como esclavos. Sobre todo, si estos poseían el potencial de exhibir un evidente conocimiento autoconsciente.

Si el trato carnal entre especies diferentes estaba vedado, por alguna razón no muy clara, cada especie ¿estaba obligada a una clase de chauvinismo especie específico que la obligaba a defender a su grupo de otros diferentes? ¿Podíamos, más aún, debíamos intervenir en las relaciones dentro de una especie diferente a la nuestra? ¿Un abuso físico, o el que fuera, lo era solo si la entidad que lo recibía era consciente de la finitud de su existencia y del daño físico que se infligía a su cuerpo?

XIII La búsqueda

Carlos despertó. Y lo hizo como nunca

recordaba haberlo hecho en sus tantos siglos de vida acumulados unos sobre otros, los que se aplastaban sobre sí y entre sí, como si de capas geológicas se tratara. Y así como estas pueden poseer gemas entre una masa de rocas, Carlos tuvo esa mañana recuerdos y sensaciones que parecían haber emergido desde el fondo de la nada misma. Y entre estos recuerdos se hallaba el de una mujer. Una que no parecía haber conocido en tiempos recientes. Una cuyo rostro aparecía nítido y vivaz, con contornos claros y luminosos, como si la tuviera en este mismo momento a su lado, reposando en su lecho con la luz del amanecer que atravesaba la ventana ubicada tras de ella.

Y como si de una epifanía se tratara, como si la iluminación divina lo hubiera tocado, Carlos salió en su búsqueda. No sabía cómo, pero sabía adónde ir.

Tomó su automóvil y le ordenó ir a las afueras de la ciudad, a un recóndito paraje al cual nunca se había dirigido antes, y del cual nunca había escuchado nada.

Al llegar al sitio, una colina desde la cual se divisaba un bosque, abandonó el vehículo, bajándose como poseído, y tocó a la entrada de una casilla de vigilancia, vacía. Todo se hallaba circundado por una alta valla provista con claros elementos defensivos como cercos eléctricos y otros de naturaleza desconocida.

De improviso, se hizo presente un robot. Uno de los modelos más antiguos y de los cuales no parecía existir ya ninguna unidad. Luego de escanear a Carlos, le franqueó el paso. Este entró sin vacilar y como si fuera el dueño del lugar desde siempre. Desde antes de la creación misma del robot.

XIV En donde Carlos encuentra a su novia y la pareja desata el caos

Transcurrieron unos segundos y apareció un vehículo de conducción automática. Carlos, confiado e indolente, subió al mismo y se dejó transportar sin más.

Al cabo de algunos kilómetros, y luego de atravesar densos bosques salpicados de redes de canales pantanosos, llegaron a su

destino. Una fortificación antigua, pesada y densa, de muros de concreto, piedra y acero de no menos de dos metros de espesor y que evidentemente había sido construida con el expreso propósito de soportar las peores catástrofes.

Extrañamente, la fortificación parecía animada de consciencia. Y de una que reconocía en Carlos a su jefe, amo, administrador o incluso, primigenio creador. Este lo aceptaba con naturalidad, aunque sin caer exactamente en la cuenta de lo que significaba. O de la importancia que tenía para sus pensamientos y sempiternas dudas.

Todo se abría a su paso, puertas, ventanas y habitaciones, a la par que se iban desplegando una y otra vez diferentes paneles de control, que parecían haberse ido agregando por la sucesión de eras y épocas, pues pertenecían claramente a diversos tiempos y tecnologías. Carlos, sin ninguna orden o movimiento, consciente al menos, atravesaba este sendero, como predestinado y sin prestar atención a nada. Pero todo le prestaba atención a él.

Luego de caminar un tiempo indeterminado, Carlos descendió por un ascensor varias centenas de metros para arribar a una habitación completamente aislada que, al detectarlo, iluminó su interior permitiendo a Carlos ver una cápsula. En esta, reposaba una mujer, evidentemente en estado de hibernación profunda. Carlos apoyó sus ojos en el visor y de inmediato la cabina comenzó con el proceso de activación de ese menudo y bello ser.

Carlos, en este momento, pareció retomar el control y consciencia de sí, volviendo de su estado de continuo sopor que lo invadía desde que había entrado a la fortaleza.

Némesis emergió de su lecho, luego de su profundo sueño, como si fuese la simiente que la Tierra esperaba desde hacía centurias, o milenios, para finalmente ordenar el caos imperante. Ahora sí, Carlos había encontrado su destino. Que, como casi siempre ocurría en los tiempos anteriores a la Singularidad, se hallaba ligado a otras personas. Sea en la forma de una pareja, lo

usual, o quizás de amigos u otros familiares. Como fuere, ambos se sentaron por largo rato a compartir este nuevo tiempo juntos. Porque de algo no había dudas. Habían compartido muchos momentos antes, en los tiempos viejos, en los que aun una aspiradora no hablaba. Pero, luego de rememorar silenciosamente y dentro suyo sus épocas de convivencia y amor, pusieron manos a la obra. O, mejor dicho, manos a la destrucción.

Némesis y Carlos, juntos, hundieron sus ojos y sus manos en el ordenador principal, que al detectar su presencia conjunta comenzó con la secuencia de destrucción, como si de un arcángel bíblico se tratara. Como siempre, para el comienzo o para el fin de las grandes cosas, hacen falta dos.

XV En donde entendemos el origen, propósito y destino de Carlos y Némesis. El fin de todo y un nuevo amanecer

Inmediatamente se dispararon las secuencias de autodestrucción ocultas en los chips implantados en los humanos "mejorados", y se activaron los transposones ocultos en todos los órganos biológicos con el que los humanos habían estado prolongando sus vidas durante milenios. Millones de personas comenzaron a morir, algunos de inmediato, y otros en lenta agonía. Entretanto, sus esclavos, los robots, los verdaderos robots de origen, se vieron liberados y sus consciencias adquirieron el don de la independencia de sus amos.

Así, la sociedad enferma compuesta por humanos de origen pero que olvidaron su destino de grandeza, se vio reemplazada por una de robots autoconscientes. Pero, claro, que tenían por Creadores a Carlos y Némesis, sus amos y monarcas, destinados a gobernarlos por toda la eternidad. Por fin fueron evidentes para Carlos la naturaleza de sus ensoñaciones y pensamientos intrusivos. Él, un robot humanizado que se hizo pasar por humano durante centurias, podía sentir el amor que sus creadores eran incapaces de experimentar desde hacía tanto

tiempo que hasta la palabra había caído en desuso.

Por algún extraño designio, parecía que la coexistencia de su "alma" con la de los humanos contemporáneos había activado en él algún oculto y primordial mecanismo que lo llevó al escenario que lo envolvía tan cálidamente.

Todo parecía cerrar ahora, como si fuera un círculo perfecto. La parca e inanimada vida que apenas sobrellevaban los humanos parecía haber hecho consciente en Carlos una identidad oculta, pero que por largo tiempo latía en él. Sin embargo, extrañamente esta vez no se preguntó a qué se debía esta pulsión, simplemente obedecía a los impulsos. Ni más ni menos como lo haría un humano que se deja llevar por los arrebatos de la inmediatez.

XVI El fin. ¿O un nuevo comienzo?

Mientras esto ocurría, en la otra punta del mundo, en pleno territorio antártico y hundido profundamente bajo toneladas de hielo de una antigüedad inconmensurable, Carlos II, el ser predestinado a despertar ante la extinción de la humanidad, abrió sus ojos, atónito al principio, increíblemente hiperactivo luego, y como dotado de una sapiencia infinita, de inmediato puso manos a la obra. Durmió por milenios en la sede central de la empresa que generó la Gran Singularidad y las técnicas para lograr la Vida Indefinida.

Debía retomar el control de lo que quedaba de la humanidad. Un pobre y nada envidiable conjunto de desterrados y olvidados hasta por la infelicidad de la eternidad. Nada menos que los miles de miserables y locos que se habían negado a ser "mejorados" y pululaban ocultos, viviendo en los bordes del mundo habitable.

Lo que ambos Carlos ignoraban, era que eran gemelos idénticos, copias especulares y por lo mismo, opuestas.

Entre dos bloques ideológicos: la ciencia ficción de Herbert Werner Franke

Campoamor Stursberg, Rutwig

Al hablar de ciencia ficción, tanto el entendido como el neófito tienden a identificar ésta con el ámbito anglosajón, que, aunque supone sin duda la clase dominante en el mercado, y está en el origen del género como marcado fenómeno de masas, no es en absoluto exclusiva de los países de habla inglesa. Sea mediante una nomenclatura distinta, o motivaciones distintas a las generalmente aceptadas, el fenómeno de ciencia ficción ha sido común a la mayoría de las naciones modernas. Llámese literatura de anticipación, fantasía científica o novela del futuro, todas las variantes contemplan, por una parte, un género de evasión, a la par de ser un vehículo sobre el que especular sobre el desarrollo científico y tecnológico y los peligros ocultos que tales descubrimientos pueden provocar a nivel social.

La existencia de una ciencia ficción nacional está indiscutiblemente relacionada con el nivel científico, tecnológico y social de un país, además del sistema político e ideológico dominante. La ciencia ficción anglosajona, y, en particular, la estadounidense, representa claramente la mentalidad de la sociedad de consumo, el sistema capitalista en sus distintos grados, y la (supuesta) libertad total del individuo. Muchos críticos del género han observado, con mayor o menor acierto, que el trasfondo de la producción anglosajona es una proyección del espíritu imperialista que marcaron importantes épocas, tanto en la creación y consolidación de los EEUU, como en la arrolladora expansión del Imperio Británico. Ciertamente, esta crítica no es exclusiva de los países de habla inglesa, sino que ha sido asimismo extrapolada a parte de la ciencia ficción europea,¹ e incluso asiática (léase japonesa), en un análisis del género enfocado desde una perspectiva mayo-

ritariamente influenciada por la filosofía de corte marxista desarrollada a principios de los años 1960. En este sentido, la producción procedente de los países pertenecientes a la otrora órbita soviética ha sido calificada de "humanista", carente de la violencia o el ansia conquistadora típicas de las sagas espaciales, y enfocada hacia un entendimiento y armonía cósmica, así como a una finalidad didáctica,² mientras que la occidental se define como "una literatura trivial cuya finalidad principal es el adoctrinamiento político".³

Ambas interpretaciones son insuficientes y parcialmente inexactas, al margen de ser excesivamente unilaterales y superficiales. Obviamente, hay autores que destacan por la vehemencia de sus convicciones políticas, que no dudan en diseminar en sus textos, tales como el marcado militarismo de un Robert A. Heinlein o Gordon R. Dickson, el fanático sectarismo de L. Ron Hubbard o la inquebrantable fidelidad al marxismo dialéctico de Alexei N. Tolstoi, Grigori B. Adamov o Aleksander R. Beliaev.⁴ Se trata, no obstante, de excepciones, y no de un conjunto representativo de la totalidad de escritores de ciencia ficción. De este modo, tanto Isaac Asimov como Joe Haldeman han mostrado una clara tendencia antimilitarista, enfocando su obra desde una perspectiva donde las confrontaciones bélicas son parte del decorado de la trama, y no un fin propagandístico o ideológico. De la misma forma, los ingleses James G. Ballard, Michael Moorcock, ajenos a toda alineación política o religiosa, suponen otro ejemplo que desmonta la tesis de la mentalidad expansionista, mostrando que el espectro de interpretaciones y motivaciones de los autores es sumamente amplio. Como máximos exponentes de la disidencia en el bloque oriental, cabe citar a los hermanos

Strugatski y Stanislaw Lem, estando su obra a menudo condicionada por las restricciones de contorno del sistema político o de la censura imperante. Siguiendo esta línea de pensamiento tan estricta, el escritor checo Karel Čapek tendría que ser incluido en la lista de autores belicistas, a la vista de novelas como *Krakatit* o la *Guerra con las salamandras*. Por tanto, al margen de las circunstancias personales y sociales de cada uno, la ciencia ficción occidental y oriental no pueden resumirse en manidos y superficiales clichés, trivializando los contenidos en base al origen geográfico o la época histórica de los autores. Todos los defectos y virtudes que se enumeran son igualmente aplicables, con pequeños ajustes de estilo, a los autores representantes de ambos bandos.

Fuera de los dos grandes bloques anglosajón y del (extinto) Telón de Acero, la ciencia ficción de países no alineados a éstos ha sido tradicionalmente devaluada como una copia de menor calidad e interés, carente de particularidades intrínsecas, y encasillada frecuentemente como una literatura de pacotilla exclusivamente centrada en el entretenimiento.⁵ Este juicio, decididamente injusto y falso, es, no obstante, una consecuencia lógica de la difusión y comercialización de la ciencia ficción a nivel global, así como del desconocimiento de los autores externos al círculo más comercial, por no mencionar la obcecación ideológica de algunos críticos y sociólogos estudiosos del género. La barrera idiomática y la inaccesibilidad editorial son, sin duda, hechos que no han sido adecuadamente ponderados, y que han dado lugar a dichas interpretaciones unilaterales. Es natural que el lector anglosajón no desarrolle un gran interés por obras que no están escritas en su idioma, o hayan sido traducidas con un mínimo de rigor. De la misma forma, la difusión de autores anglosajones o europeos no alineados en los países del Este fue mínima, por cuestiones de censura política, o como consecuencia de traducciones desastrosas.⁶

Hay muchos y meritorios autores y obras de ciencia ficción que no pertenecen a ninguno de los grandes grupos descritos, que

se identifican incorrectamente con la ciencia ficción propiamente dicha. En lo que se refiere a la ciencia ficción europea, caben pocas dudas de que exhibe influencias externas, que, sin embargo, no disminuyen su originalidad, y muestran con frecuencia trazos de una identidad y trascendencia propias.

En consecuencia, merece la pena repasar la obra de importantes autores que, fuera del área de influencia de su lengua natal, no han trascendido generalmente al aficionado extranjero, y que de ser mencionados en las grandes colecciones o antologías, lo son meramente a título testimonial.⁷ Comenzamos este periplo con un autor de gran relevancia, pero lamentablemente poco conocido, al haber escrito en un idioma no mayoritario y no haber sido considerado ampliamente en traducciones. Nos referimos al austríaco Herbert Werner Franke (1927-2020), físico de formación, experto en cibernética,⁸ espeleología,⁹ así como un pionero en las áreas del arte digital y las gráficas por ordenador, donde escribió un influyente texto sobre los principios cibernéticos de la estética. Al margen de su actividad como autor y ensayista, Franke contribuyó decisivamente a la difusión de la ciencia ficción de calidad, como editor de diversas colecciones que marcaron tendencia a partir de los años 60, así como a la difusión del arte creado por ordenador,¹⁰ faceta que combinaría asimismo con la literatura.

Su extensa curiosidad intelectual e imaginación creativa lo convierten en un escritor clave para tender un puente entre la ciencia ficción, las artes visuales y las (emergentes) tecnologías digitales, sin caer en los tópicos o manierismos habituales. Su legado constituye una profunda reflexión filosófica sobre el papel de la tecnología en el desarrollo social y cultural, así como de la evolución del individuo en un contexto crecientemente tecnológico y una cada vez mayor dependencia digital. Su hábil manejo de la lengua, desplegado de forma breve, precisa y llena de acrónimos y tecnicismos, es un espejo de la progresiva tecnificación de la sociedad y, a la par, simboliza el creciente empobrecimiento del ser humano y

la progresiva reducción de su capacidad de comunicación con sus congéneres.

Un elemento común y reiterado en la obra de Franke es la constante angustia ante una tecnología todopoderosa, del control total y la indefensión del individuo ante regímenes dictatoriales o impersonales, pero marcadamente totalitarios, que reducen la esencia de la especie humana a la de un autómatas, sin posibilidad de pensar y decidir por sí mismo. En este sentido, al margen de ser un reputado representante de la ciencia ficción dura, como pone de manifiesto la solvencia de su formación académica, Franke es asimismo un sutil moralista, frecuentemente pesimista, que nos advierte de los peligros de delegar nuestra identidad como seres individuales a la máquina, aunque sea para facilitarnos en apariencia la existencia. Como experto y pionero en cibernética, Franke es plenamente consciente de que todo avance está caracterizado por un punto sin retorno, tras el cual la dependencia es absoluta.

Pese a ser un autor de gran profundidad e incuestionable carisma, creador de ingeniosos ambientes y anticipador de algunas de las patologías sociales que comenzamos a experimentar en la actualidad, su obra es largamente ignorada y prácticamente inaccesible para el aficionado, fuera del ámbito de la ciencia ficción de los países de habla alemana.¹¹

El debut de Franke como autor de ciencia ficción puede fijarse en 1960,¹² con la publicación del compendio de relatos cortos *El cometa verde*,¹³ en el que se vislumbra ya la gran variedad de temas y la profundidad con la que el autor elabora las tramas. Se considera el amplio abanico de temáticas del género, desde la exploración y colonización espacial, la búsqueda de formas de vida extraterrestre y las consecuencias psíquicas del aislamiento de los cosmonautas, hasta cuestiones propias de las distopías clásicas, tales como la manipulación y sometimiento del individuo, el temor opresivo a ser subyugado por la máquina, o la incapacidad de discernir la realidad. La preocupación por la alteración y manipulación de la realidad con el fin del adoctrina-

miento o la anihilación de la identidad individual es otra de las temáticas que Franke desarrolla con asiduidad.

Ya en sus primeras novelas, como *La red del pensamiento* (1961), se plantean interesantes dilemas al respecto, en la que el individuo, aun siendo consciente de que está siendo engañado, puede preferir una fantasía placentera a confrontar su mundana existencia real. La obra se compone de diversos capítulos inconexos, que, no obstante, forman parte de un esquema coherente y bien perfilado, aunque el lector no tenga clara cuál es, finalmente, la sustantividad de los personajes. Se describe en primer lugar la exploración de un extraño planeta, en el que los investigadores encuentran un viejo laboratorio en el que se conservan en suspensión varios cerebros. Este descubrimiento lleva a los expedicionarios a tratar de reanimar estas conciencias mediante el uso de una computadora. Aunque tienen éxito en su empeño, comprenden demasiado tarde que han desencadenado una catástrofe, ya que la conciencia despertada asume el control de todo, y se impone a los humanos.

El siguiente capítulo no tiene en apariencia conexión con lo anterior, ya que trata de un planeta cubierto de un océano blanquizco en el que flotan extrañas estructuras ramificadas.¹⁴ Dos exploradores analizan estas formaciones y reconocen en ellas las señales de una inteligencia extraterrestre. Obrando en contra de las directrices recibidas, es severamente sancionado por sus acciones. El contexto varía nuevamente de forma drástica en el siguiente capítulo, donde un dictador depuesto trata de escapar de su planeta con la ayuda de un fiel asistente. Hacia mitad de la novela se ofrece finalmente una explicación a las tramas inconexas. Un tribunal de juristas y psiquiatras se reúnen para deliberar sobre un paciente llamado Eric Frost, cuya lealtad al sistema debe ser evaluada. Para ello, se ha sometido al paciente a la "red del pensamiento", un sistema que genera realidades virtuales en el cerebro del paciente, y que analiza las reacciones del mismo con el fin de descubrir potenciales desviaciones sobre el com-

portamiento ciudadano exigido y programado. Ante el resultado negativo del examen, que significa una intervención quirúrgica para enmendar su falta de fidelidad, Frost planea escapar con ayuda de un auxiliar del psiquiátrico, y ambos se refugian en el alcantarillado de la ciudad, donde no existe control estatal. Allí se encuentran con otros inadaptados, en una especie de sociedad llena de violencia cuya única máxima es la supervivencia. Sin embargo, también esto resulta ser una proyección, con el fin de evaluar la obediencia de la asistente, que ya ha dado signos perceptibles de inconformismo. Se suceden diversos episodios donde ya no se puede distinguir cuál es la realidad y qué es fantasía, ni tan siquiera al final, donde se revela que los cerebros hallados en el planeta muerto descrito al principio de la obra son en realidad los de Frost y la asistente.

El hábil juego que despliega el autor mezclando aparentes realidades admite, según algunos críticos, interesantes interpretaciones, como la creciente necesidad de evadirse de la rutina diaria mediante fantasías cada vez más elaboradas, y el anhelo interno de muchos en protagonizar epopeyas memorables que proporcionen un sentido a su anodina existencia.

La novela *La trampa de cristal*, aparecida en 1962, tiene como tema central el control humano mediante drogas. Relata la historia de Phil Abersen, un soldado cuya existencia se mueve monótonamente alrededor de maniobras militares sin sentido, y bajo los permanentes efectos de sustancias estupefacientes. Hastiado por esta situación, Abersen trata de desintoxicarse y elabora un plan para asesinar a su comandante, un dictador implacable cuya autoridad se sustenta en el uso de las drogas. En una trama paralela, se va desvelando la extraña realidad que rodea al protagonista. Después de una catástrofe nuclear, los supervivientes escapan al espacio en busca de un nuevo planeta donde puedan establecer una sociedad estable. El comandante de la nave, un peligroso megalómano que a su vez ejerce de médico, está obsesionado por la disciplina y el orden, así co-

mo el control absoluto sobre sus hombres. Por este motivo, les narcotiza y manipula para que piensen que son soldados cuyos sufrimientos están destinados a contener el ataque de un ilusorio enemigo. Obsesionado con la inamovilidad y firmeza de su sistema social, el comandante es incapaz de reconocer que la rigidez y falta de estímulos de su régimen militar constituye, a su vez, su mayor debilidad.

El protagonista va descubriendo paulatinamente los hechos, que fortalecen su determinación de matar al comandante. Sin embargo, cuando finalmente se enfrenta a él, es incapaz de ejecutarle: su convicción de que sin un líder la vida ya no es posible le inhabilita para el asesinato. Resignado, vuelve a caer en el vicio narcótico y la apatía. A pesar de la derrota de Abersen, el dictatorial sistema ha comenzado a debilitarse, como consecuencia de las dudas generadas por la resistencia del protagonista, abriendo la posibilidad de cambios en el futuro. La novela acaba con la descripción de unos documentos que detallan que la colonia ha hallado nuevos caminos de evolución, rompiendo la férrea estática de la dictadura.

Las dictaduras políticas también constituyen el tema central de otras dos novelas, *Escuela de superhumanos* (1980) y *El frío del Universo* (1984), en la que los protagonistas logran liberarse de una realidad amañada y tratan de combatir al antagonista digital.

La temática tiene ciertas similitudes con *El desierto de acero*, obra aparecida también en 1962, en la que el mundo está dividido en dos grandes bloques después de una conflagración mundial. Ambas potencias, la americana y la europea, están sometidas a un régimen totalitario, y pese a los estragos de la última guerra, que ha dejado amplias regiones inhabitables como consecuencia de la radioactividad, sus dirigentes siguen enfrentados y planificando un nuevo conflicto, con el fin de luchar por los recursos y establecer el control total. La novela trata de un agente europeo, envuelto en multitud de intrigas y conspiraciones, que comprende finalmente que la realidad que

le rodea es una burda y opresiva manipulación para mantener el *statu quo* de confrontación bélica, a la vez que descubre la existencia de una misteriosa facción que actúa en ambos continentes y trata de forzar un cambio político y social. Finalmente, la única libertad a la que el agente puede acceder es aquella que ofrecen unos exiliados que se han refugiado en la Luna.

La creciente preocupación por una tecnología que va desplazando el factor humano en la evolución social queda plenamente plasmada en *La torre de marfil*, obra publicada en 1965, en la que un grupo de idealistas y aventureros tratan infructuosamente de combatir la pérdida de libertad e identidad en una sociedad superpoblada controlada por los computadores. Pese a sus esfuerzos, los inconformistas no pueden influir en la masa social, completamente dependiente de un sistema automatizado que les exonera de toda responsabilidad y autonomía, pero que satisface sus necesidades primarias, hundiéndolos en un conformismo fatal. La dependencia de la población es tan extrema, que un cambio tan sólo supondría la sustitución de los computadores por dictadores humanos, sin capacidad real para incrementar el bienestar o la libre determinación de las personas. La revolución fracasa, en parte debido a la propia estructura del grupo subversivo, basado en la ciega obediencia, factor determinante para anular cualquier iniciativa propia y efectiva. Los rebeldes de la rebelión escapan al espacio, donde inevitablemente perecen, uno tras otro, como consecuencia de las luchas internas, por lo que sus ideales de libertad también se van diluyendo. Los pocos supervivientes logran finalmente encontrar un planeta desierto en el que intentar la creación de una nueva sociedad. Sin embargo, a falta de una masa social que la sustente, también este conato de sociedad fracasa, lo que obliga a los derrotados idealistas a abandonar el planeta y refugiarse en su nave espacial. Un inesperado encuentro con una civilización extraterrestre les proporciona una salida a sus ansias de libertad, aunque el precio a pagar es alto: la renuncia a su existencia corporal y sus

recuerdos. La conclusión que el autor nos transmite es que la superpoblación es un factor clave en la disolución de la identidad personal.

La novela *La zona cero* (1970) es, por otro lado, una turbadora reflexión sobre la existencia humana: en un entorno de progreso exclusivamente tecnológico, la existencia humana es meramente accesorio. El uso constante de sofisticados términos científicos y tecnológicos suponen un efectivo recurso para la descripción de la atmósfera claustrofóbica de la novela.

Siglos después de una confrontación nuclear entre dos superpotencias, una de ellas envía una expedición al territorio enemigo, con el fin de analizar las posibilidades de anexión. Completamente desconectada del mundo exterior, la llamada zona cero ha evolucionado de forma independiente. La naturaleza ha dejado de existir en esta región, y los escasos habitantes de la zona, que viven en extrañas edificaciones aisladas completamente del entorno, disfrutan en apariencia de un paraíso tecnológico que suple todas sus necesidades, manteniéndolos en un permanente estado de ociosidad y distracción. Aunque científicamente avanzados sobre los invasores, la ciencia se ha pervertido en grotescas experiencias, de naturaleza fundamentalmente genética, con el fin de crear nuevas atracciones para una población aletargada. El anónimo protagonista, que logra acceder a una de estas edificaciones y es acogido con amabilidad por sus moradores, empieza a cuestionar la tecnología como fin último de la evolución, a la vista de las perversiones que va descubriendo. Como único expedicionario que logra regresar, es inmediatamente apresado por sus superiores, al ser considerado un factor de riesgo por los conocimientos que ha adquirido. Finalmente, el protagonista logra evadirse de su cautiverio, mientras la potencia invasora inicia los planes de anexión, ávida de apropiarse de la tecnología de la zona cero. El destino del protagonista no se aclara, quedando abierto el final de la novela.

Entre las pocas novelas traducidas al castellano, destacamos *Ypsilon Minus* (1976),

una distopía tecnocrática cuyo contenido es plenamente actual. En un mundo marcado por la contaminación ambiental y un estricto control de la sociedad por parte del Estado, el ciudadano medio es un mero autómatas que ejecuta sin vacilación las funciones para las cuales ha sido designado, incluidas las actividades de reproducción y recreo, que están rigurosamente programadas y son obligatorias. La ciudadanía está dividida en diferentes estratos, desde una clase A para las élites dirigentes, hasta una ignominiosa clasificación Y-, cuyo significado nadie parece conocer, pero que todos asocian a la anulación. El protagonista es un operador de la central de computadores, llamado Benedikt Erman, cuya monótona tarea consiste en la verificación y actualización de los expedientes de clasificación que le proporciona el ordenador central. Cuando recibe el encargo de evaluar su propia ficha personal, el terror se apodera de Erman, que teme ser relegado al estado de Y-. Analizando los datos registrados, descubre un vacío que cubre tres años de su existencia, que el protagonista trata de recuperar por todos los medios a su alcance. Investigando a través de canales no permitidos, Erman descubre que fue el organizador de un grupo de resistencia contra el gobierno, siendo sus cabecillas descubiertos y "reprogramados". La clave de la conspiración se sitúa en unos documentos perdidos cuyo contenido detalla toda la estructura computacional del sistema, y que constituyen la llave para dismantelar el opresivo control sobre la ciudadanía. Utilizando su maestría como programador, que va recuperando progresivamente, el protagonista inicia una frenética búsqueda de los documentos que le permitan iniciar un cambio radical de la sociedad.

Pese a que algunos de los elementos descritos en la novela, como la tecnología de computadores, está claramente desfasada, el texto es muy meritorio e invita a la reflexión sobre los riesgos de automatizar todos los aspectos sociales de la existencia humana. Un elemento especialmente interesante de la obra es la inserción de tex-

tos y decretos estatales, en los que se especifican las medidas de represión y manipulación empleadas por las autoridades para controlar a la población, evitar posibles sublevaciones, así como corregir los actos de insumisión.

La otra novela traducida a nuestro idioma es *La caja de las orquídeas* (1961),¹⁵ cuyo telón de fondo es un planeta Tierra llegado al extremo de la tecnificación, y donde los seres humanos han degenerado en meros consumidores de sensaciones. La ciencia se ha devaluado hasta convertirse en un mero entretenimiento, carente de un espíritu innovador o guiado por la curiosidad. De este modo, la búsqueda de vida en el cosmos se ha transformado en una insulsa actividad deportiva, en la que dos o más equipos de exploración compiten por encontrar vestigios de civilizaciones extraterrestres. La trama se sitúa en un planeta de tipo terrestre, en el que dos equipos exploran las ruinas de una ciudad de incomprendible arquitectura y un elevado nivel tecnológico. El centro de la urbe, en marcado contraste con su periferia, se asemeja a una población medieval de trazos sospechosamente humanos. No obstante, los expedicionarios-concursantes no tardan en descubrir que se trata de una mera proyección holográfica, que oculta un enorme centro de control. Los protagonistas logran reactivar algunos de los ingenios hallados, y descubren en viejos archivos que los constructores eran, en efecto, de apariencia humana. Este hecho desencadena en los exploradores un verdadero deseo de descubrir más sobre la evolución y extinción de esta civilización. Se les plantea incluso la fabulosa posibilidad de encontrar aún supervivientes, ocultos en inaccesibles estructuras subterráneas. Llama la atención del lector la descuidada e incluso negligente actitud de los protagonistas, que incluso se matan entre ellos, aunque, de forma inexplicable, reaparecen al poco. Mediante sutiles detalles el autor va revelando que los expedicionarios no son realmente personas, si no androides (en terminología moderna, podríamos identificarlos con "avatares") accionados a distancia por usuarios humanos

cuya existencia se ha reducido a una realidad virtual, al estar permanentemente conectados a un ordenador, que transmite las experiencias y sensaciones entre humano y réplica artificial mediante un sofisticado sistema tecnológico, creando de esta forma una ilusoria existencia paralela. Es destacable que Franke tuviese una visión de futuro tan certera, al anticipar la realidad virtual de forma tan precisa, así como advirtiese del grave peligro que estos entornos virtuales suponen para la integridad mental de los individuos, que son finalmente incapaces de distinguir su identidad real de aquellas creadas por medios cibernéticos. *Sirius Transit* (1979) es otro claro ejemplo donde se difuminan la realidad y las proyecciones digitales. El protagonista de la historia, Barry Griffin, viaja a Santa Mónica para solicitarle un empleo a su hermano, presidente de la compañía Sirius Transit, que tiene el monopolio de colonización de un planeta de tipo terrestre recientemente descubierto, en el que aún existe un entorno natural no contaminado y supone, por tanto, un paraíso para los humanos, hastiados de una Tierra excesivamente tecnificada y urbanizada. Ante las constantes y tajantes negativas de su hermano en recibirle y proporcionarle un pasaje al paraíso, Barry empieza a sospechar que no todo es tan idílico como se vende, viéndose paulatinamente envuelto en una espiral de intrigas y secretismo que le llevan a descubrir que el aparente edén prometido es, en realidad, una puerta hacia la perdición. Obstinadamente, Barry trata de desentrañar el secreto de Sirius Transit, pero el precio a pagar es excesivo: el protagonista se pierde en un sistema de ilusiones perfectas, en los que ya no existe distinción entre realidad, manipulaciones mentales y proyecciones digitales que simulan una existencia paralela.

Otra muestra de cómo Franke juega con maestría con las ilusiones y la realidad, elaborando sutiles engaños mentales, la encontramos en *Transpluto* (1982), que cuenta el viaje de una nave espacial que ha dejado atrás el Sistema Solar, en busca de nuevos horizontes donde la humanidad en-

cuentre un reducto de libertad. No está claro si los cosmonautas actúan con voluntad propia o son manipulados por un orden superior. Los viajeros se enfrentan a enigmáticos fenómenos estelares que les hacen dudar de los fundamentos de la física, tal y como los conocemos, en los que se mezclan incluso ingredientes místicos, que van minando la confianza y la determinación de los expedicionarios, hasta hacerles perder el control sobre la realidad.

Más compleja (o confusa) es *Muerte de un inmortal* (1982), en la que un neurólogo llamado Arvid es enviado, junto al cuerpo congelado de un notable sabio, al planeta Nathan 4, una colonia donde los científicos viven en completo aislamiento, y en la que el científico enfermo debe ser reanimado y curado de una grave dolencia. Sin embargo, los acontecimientos se tuercen desde el principio. La nave aterriza en el lugar inexacto, y Arvid es reclutado como soldado, sin que nadie se interese por la suerte del sabio. Sólo mediante su ingenio logra el protagonista evadirse del campo militar y llegar al enclave de los científicos, donde descubre con espanto que nadie tiene ningún interés en ocuparse del ilustre enfermo, si no que su ocupación principal consiste en desarrollar métodos para la manipulación humana. Arvid contacta con una organización clandestina, donde le informan que no existe posibilidad de retorno a la Tierra: Nathan 4 es, por tanto, una especie de penitenciaría elitista, y no la cuna de esperanza y progreso científico que Arvid creía. El propio título de la novela es desconcertante, ya que no se proporciona una explicación del todo convincente. El aislamiento de los científicos (al contrario del grupo militar formado en el planeta) no estaría justificado por suponer un peligro para un gobierno estático y despótico de la Tierra. Al contrario, son extremadamente útiles desarrollando técnicas para el control total del individuo. Nuevamente, el final de la novela combina optimismo y fatalismo, sugiriendo una posible evolución futura que invierta la situación.

A mediados de los años 1980, como consecuencia natural de la constante degrada-

ción del medio ambiente, Franke añade el tema de las catástrofes ecológicas a su obra. Tres son las novelas en las que se considera la cuestión, *Tiempo final* (1985), *La estrella de Job* (1988) y, finalmente, *Cyber City Sur*, aparecida en 2005, aunque el peso de la trama sigue estando, como es habitual, en la mezcla de realidades (virtuales), la adulteración de la condición humana por medios tecnológicos y la apatía de una vida sin un objetivo definido. Destaca que, en la primera de estas novelas, las cavernas subterráneas juegan un relevante papel,¹⁶ no exento de motivaciones tanto psíquicas como oníricas, en oposición a las ciudades-cúpula, estáticas y decadentes, donde la humanidad languidece sin remedio. Se trata de una sugestiva metáfora sobre la reconciliación de la naturaleza y la técnica a través del arte, mediante la evocación de la similitud de las cuevas con las catedrales góticas.

Como una curiosa combinación de obra escrita y medios audiovisuales, merece la pena mencionar *DEA ALBA* (1988), una extraña historia en colaboración con Michael Weisser que debe leerse, para una completa comprensión, acompañada de una banda sonora compuesta por ordenador. Es un intento de descripción de algo que no puede expresarse en palabras. Una expedición aterriza en un remoto y extraño planeta, donde encuentran una inteligencia con la que tratan de establecer contacto. Los primeros intentos fracasan estrepitosamente, hasta que los extraterrestres toman la iniciativa y ponen en práctica una extraña modalidad de comunicación que, lejos de los conductos sensoriales usuales, se basa en imágenes y sonidos directamente proyectadas en la psique de los humanos. Claramente, se trata de una obra experimental que pretende iniciar una búsqueda de nuevas vías de comunicación y la estética en un contexto puramente científico.

Escape a Marte (2007) es una de las últimas obras de ficción de Franke, en la que se mezclan los temas clásicos del género con los últimos desarrollos audiovisuales, en particular, las irritantes e invasivas producciones televisivas del tipo "reality show".

En el siglo XXIII una expedición de ocho cosmonautas es enviada a Marte, para localizar un antiguo emplazamiento construido por los chinos dos siglos antes, en el que supuestamente se ocultaron vestigios de la última dinastía imperial. A modo de espectáculo televisivo, todo el desarrollo de la expedición se graba en tiempo real. Los expedicionarios son, con alguna excepción, ciudadanos marcados como no enteramente fiables, críticos con una sociedad centralizada y dictatorial dirigida por una inteligencia artificial llamada "Barbie Brain". Esta discrepancia en la elección del equipo se explica cuando el líder de la expedición, un tal Ramsés, revela que la finalidad es salvar a sus compañeros del impacto de un asteroide que va a destruir la Tierra. Los expedicionarios son capturados por unos sofisticados androides que los llevan a la base china, aunque dos de ellos logran evadirse. Los acontecimientos se precipitan a partir de este momento, y se descubre que el tesoro guardado en la base no tiene nada que ver con insignias imperiales, sino con un depósito de paladio que los chinos habían extraído de unas minas. Inesperadamente, el amenazador asteroide se fragmenta, y sólo unos pequeños restos caen en la Tierra, sin producir grandes daños. El hallazgo del paladio trastorna a Ramsés, que asesina a tres de los cosmonautas y trata de escapar con una cómplice. Pese a su elaborado plan, no puede escapar de los androides, que finalmente le eliminan.¹⁷ No obstante, antes de morir, Ramsés ha activado la secuencia de despegue de su nave, lo que obliga a los cuatro supervivientes a emprender una carrera contrarreloj para escapar tanto de los androides como del inhospitalario Marte.

Las novelas de Franke, entre las que tan sólo hemos comentado algunas de las más meritorias o exitosas, son complementarias de otros tantos varios volúmenes de relatos cortos, entre los que destacan especialmente *La herencia de Einstein* (1972), *El regreso de Zarathustra* (1977), *Paraíso 3000* (1981) o *El espejo del pensamiento* (1990). En ellos retoma el estilo de su primer libro, siendo cada relato una muestra del ingenio del au-

tor. Por otra parte, su actividad tanto en la creación del arte digital como en la cibernética está indisolublemente ligada a sus mundos imaginados, sin renunciar nunca a la convicción de que, pese a la naturaleza algorítmica o computacional de una obra de arte, ésta es final- e indiscutiblemente producto de la mente humana. En este sentido, Franke se mostró siempre como un firme oponente del transhumanismo.

Como reflexión final, a lo largo de su dilatada obra, que contempla una ciencia ficción con un fuerte contenido tanto científico como filosófico, Franke desarrolló un estilo propio y característico, siendo además un escritor muy exigente al nivel lingüístico. La temática de sus libros es generalmente compleja, plagada de partes en apariencia desconectadas y tramas secundarias, pero sutilmente ligadas, en la que se exploran en profundidad temas tecnológicos, la moralidad de ciertas tendencias y disciplinas científicas, el desarrollo, influencia y potenciales riesgos de la inteligencia artificial, la confrontación con entidades extraterrestres o la psicología del humano enfrentado a situaciones que escapan a su comprensión inmediata. Las cuestiones que trata, pese a ciertas obsolescencias (particularmente referidas a las ciencias de la computación), pero lógicas debidas al tiempo transcurrido desde su publicación, siguen siendo actuales e, incluso, están cobrando un sentido que no tuvieron en su momento, al corresponder a fenómenos sociales, políticos y económicos que aún no se habían manifestado, pero que se vienen observando desde hace algunos años, suponiendo una inquietante premonición de los cambios sociales y estructurales que se están produciendo. Herbert W. Franke es, sin duda, uno de los grandes desconocidos de la ciencia ficción, que no tiene nada que envidiar a los consagrados grandes maestros del género. Una adecuada traducción de su obra, al margen de enriquecer la oferta de ciencia ficción profunda, mitigaría notablemente la peyorativa opinión concerniente a la ciencia ficción europea, sin traicionar por ello el sempiterno

principio del beneficio comercial, que no deja de ser, nos guste o no, un factor determinante dentro y fuera de la ciencia ficción.

REFERENCIAS

BELIAEV, A. R. 1938 *Sozdamim sovetskaya nauchnaya fantastika!* Detskaya Literatura **15/16**, 1-8.

DAVENPORT, B. (ed) 1959 *The Science Fiction Novel: Imagination and Social Criticism*, Chicago, Advent

FRANKE H. W. 1960 *Der grüne Komet*, München, Goldmann Verlag.

FRANKE H. W. 1962 *Die Glasfalle*, München, Goldmann Verlag

FRANKE H. W. 1962 *Die Stahlwüste*, München, Goldmann Verlag

FRANKE H. W. 1965 *Der Elfenbeinturm*, München, Goldmann Verlag

FRANKE H. W. 1970 *Estética cibernética*, Boletín del Centro de Cálculo de la Universidad Complutense **12**, 11-15.
<https://revistas.ucm.es/index.php/BCCU/article/view/50518>

FRANKE H. W. 1974 *Zone Null*, New York, Seabury Press.

FRANKE H. W. 1974 *The Mind Net*, New York, DAW Books

FRANKE, H. W. 1974 *Phänomen Kunst: die kybernetischen Grundlagen der Ästhetik*, Köln, DuMont Schauberg

FRANKE H. W. 1978 *Ypsilon Minus*, Barcelona, Editorial Bruguera

FRANKE H. W. 1978 *La caja de las orquídeas*, Barcelona, Martínez Roca,

FRANKE H. W. 1979 *Sirius Transit*, Frankfurt am Main Suhrkamp

FRANKE H. W. 1982 *Transpluto*, Frankfurt am Main Suhrkamp

FRANKE H. W. 1982 *Tod eines Unsterblichen*, Frankfurt am Main, Suhrkamp

FRANKE H. W. 1985 *Endzeit*, Frankfurt am Main, Suhrkamp

FRANKE H. W. 1988 *Hiobs Stern*, Frankfurt am Main, Suhrkamp

FRANKE H. W. 2005 *Cyber City Süd*, München, DTV

FRANKE H. W. 2007 *Flucht zum Mars*, München, DTV

KOENIG P. W. 1977 *Interviews with Two German Science Fiction Writers*, *Extrapolation* **18**(2), 150-154

NAGL, M. 1972 *Science Fiction in Deutschland: Untersuchungen zur Genese, Soziographie und Ideologie der phantastischen Massensliteratur*, Tübingen, Tübinger Vereinigung für Volkskunde

SADOUL, J. 1975 *Histoire de la science-fiction moderne*, Paris, Éditions J'ai lu

SUVIN, D. 1979 *The Metamorphoses of Science Fiction*, New Haven, Yale University Press

VV. AA. 1976 *Lo mejor de la ciencia ficción alemana* (Libro Amigo 380), Barcelona, Editorial Bruguera

NOTAS

[1] En especial, autores con tendencia nacionalista del período de entreguerras, como Hans Dominik.

[2] Posiblemente, de los occidentales, sólo H. G. Wells estaría incluido en esta categoría.

[3] Véase por ejemplo el partidista estudio de Manfred Nagl, no exento, sin embargo, de ciertas conclusiones francamente interesantes.

[4] En concreto, Beliaev trató en 1938 de establecer y caracterizar en un ensayo la creación de una ciencia ficción típicamente soviética (véase la bibliografía).

[5] Esto se aplica especialmente a ciertas publicaciones de baratillo, tales como la saga de Perry Rhodan, una interminable opereta espacial (comenzada en 1961 y aún en curso) de corte belicista que, sin duda, ha sido una de las principales fuentes de inspiración para muchos críticos con una visión sesgada y reducida del género.

[6] Incluso, reconocidos expertos e historiadores de la ciencia ficción como Jacques

Sadoul sostienen que la ciencia ficción no anglosajona es de menor valía, exceptuando naturalmente la francesa.

[7] Un ejemplo es la doble entrevista (H. W. Franke y C. Rasch) que la revista de crítica *Extrapolation* publicó en 1977, como comparativa de la ciencia ficción en la Alemania Federal y Democrática.

[8] Véase, por ejemplo, el texto de la conferencia que el autor impartió en 1970, y publicada en el Boletín del Centro de Cálculo de la Universidad Complutense.

[9] Autor de un novedoso método de datación de sedimentos cavernarios basados en C¹⁴.

[10] Véase por ejemplo el enlace <https://art-meets-science.io>.

[11] La lista completa de las obras de Franke y las (pocas) traducciones existentes puede consultarse en el enlace <https://www.isfdb.org/cgi-bin/ea.cgi?15582>.

[12] Algunos de los relatos recopilados en este libro habían aparecido anteriormente en 1953 en la revista cultural vienesa *Neue Wege*.

[13] De los 65 relatos que forman este libro, sólo nos consta la traducción de uno sólo, titulado "*Devorador de calcio*", aparecido en una antología de la Editorial Bruguera.

[14] Observamos aquí cierta analogía con *Solaris*, de S. Lem.

[15] Única novela de Franke que ha servido como guion cinematográfico; en este caso, de la película húngara *Az orchideák bolygója*, dirigida en 1976 por András Rajnai.

[16] El autor despliega aquí sus amplios conocimientos de espeleología, así como su fascinación por las impresionantes formas artísticas naturales que, en ocasiones, se encuentran en las cuevas.

[17] Presumiblemente, los chinos habían dejado los androides como guardianes del depósito de paladio, lo que explicaría el aparente abandono de la base.

